

REVISTA EUROPEA

NÚM. 305.

28 DE DICIEMBRE DE 1879.

AÑO VI.

LA FELICIDAD HUMANA

CUADRO DE COSTUMBRES

(Conclusion.)

—Podría usted casarse con una mujer rica...

—¿Y yo pobre? No, nunca; aun suponiendo lo inverosímil, aun dado el caso que una mujer rica me aceptase, yo no viviria tranquilo ni satisfecho; no podría conformarme con deberle mi fortuna.

—Esas son exageraciones de la edad. Las comprendo y me agradan, pero las desapruébo. ¿Por qué rehusar una mujer de buenas y bellas cualidades, y que á la vez reuna grande ó regular fortuna? No casarse *porque únicamente sea rica*, bien; pero rechazarla por esta circunstancia apesar de su talento, habilidad ó corazon, sobre injusto sería imprudente.

—Generalmente se transige cuando median intereses,—respondió Enrique sonriendo;—acaso mi opinion sea exagerada, pero defendiendo sentimientos honrados en sí mismos.

—Lo que procede es combatir el fanatismo en pro ó en contra del dinero. ¿No tiene usted ahí á mi vecina Matilde, que ha hecho cuantos esfuerzos son imaginables para borrar de su alma preocupaciones que pasaron? Un hombre no debe negar su apoyo á la que es pobre ó rica por el solo hecho de que sea una ú otra cosa.

—Me alegro que en esta cuestion tengamos ejemplos que citar sin temor alguno,—respondió alegremente Enrique.—Verdad es que no podría avergonzarme de una alianza tan rica, y, sin embargo, aseguro á usted que si estuviese preparado el camino, me apartaria apresuradamente de él, evitando esa brillante perspectiva.

—Pero Matilde no está tan desfigurada que...

—Por Dios, señorita, no me juzgue usted como si fuera un hombre frívolo y ligero. Si Matilde quiere, si persevera en la línea de

conducta que se ha trazado, puede llegar á ser una preciosa compañera, y hará olvidar á su marido esa fealdad, á la que tanta importancia dan algunos. ¿Quiere usted saber mi pensamiento en este particular? Pues ha de saber que algunas veces he pensado en un enlace entre Eduardo y Matilde. Mucho tendrán adelantado los dos el dia que uno comprenda las ventajas todas del trabajo, y la otra se convenza de que la fortuna no es la clave de la belleza, ni de la virtud, ni del talento.

—Pero usted se contradice; aprobar en Eduardo lo que para sí rehusa, no lo comprendo... Hablemos claro. Si usted estuviese seguro de la buena acogida de los papás, y convencido ademas de ejercer sobre la jóven la necesaria influencia para llegar rápidamente á la mayor suma de perfeccion posible, en conciencia, ¿rechazaria usted ese enlace?

—Aun en el supuesto, me parece que sí; me aturdiria la fortuna que tan inesperadamente se metia en mi casa; temeria engañarme en mis juicios, y estar expuesto á ocultarme el interes... mis móviles... Soy pensador, para muchos amigos ó conocidos visionario, para *algunos infelices* acaso una calamidad; pero quisiera amar á mi mujer y haberla amado espontánea y naturalmente, sin tener que pensar en conciliar otros intereses con ese sentimiento, si despues me equivocase... ó su familia...

—Pero... ¿qué quiere usted decir?...

—Lo diré... Que no podría amar á Matilde ni á otra mujer,—añadió Enrique sencilla y cándidamente,—porque hace mucho tiempo que amo á la señorita Cecilia... Usted lo sabe ó lo presume, ¿no es verdad?

—Lo deseaba con toda mi alma,—respondió Marta conmovida,—y á veces lo creia, otras lo dudaba, y otras ni lo esperaba siquiera.

—¡No esperarlo!—repitió Enrique.

—Debo advertir á usted que no es el enlace que parecia mejor. ¡Si fuéramos tan ricos como fuimos!... Mas, á Dios gracias, estamos arruinados... y sin esa desgracia no se hubieran conocido ustedes.

—En semejante circunstancia... Pero ¡bah! Únicamente poseo el ejercicio de mi profesion. Tenga usted presente que nunca la hu-

biera hablado de esto á no haberme apurado tanto... y tambien al oír muchas veces á mi madre que era imposible una alianza entre las dos familias...

—¿Y por qué?—preguntó Marta con alguna sequedad.

—No sé por qué faltas involuntarias de mi padre con usted, y yo temía...

—Pues se han engañado ustedes,—contestó Marta.—Hace mucho tiempo que perdoné esas faltas... involuntarias. Visitaré á su señora madre,—añadió despues de un corto silencio,—y hablaremos de la cuestion económica. No quiero retenerle más tiempo. Acaso le esperan en alguna parte... Hasta luégo.

—Hasta la noche,—respondió Enrique contento y satisfecho.

—¡Qué desgracia!—se dijo Marta siguiéndole con la vista... —¡Hubiera podido ser mi hijo!... Pero ¡bah! *El porvenir se encarga de compensar lo pasado...* Será mi sobrino.

La teoría de las compensaciones, niñerías, novela, ilusion, exclamará alguno si ha tenido la paciencia de llegar hasta aquí; pero en nuestra firmísima creencia en la omnipotencia y sabiduría de Dios, estamos seguros de que tal como haya sido el mal causado *premeditadamente*, tal será la reparacion con todas sus consecuencias.

No hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague, dice el refran, y nosotros añadimos: «*y pues Dios es esencialmente justo, no puede ménos de ser así*».

XVIII

Eduardo habia hecho dimision de su empleo y esperaba en casa el momento de inaugurar sus tareas en el nuevo. Marta habia comunicado á sus hermanos la fausta nueva que evidentemente llenaba sus deseos... ¡Eran padres! Cecilia, que nada sabía, gozaba en esa atmósfera de satisfaccion general, y Luisa no necesitaba tanto para estar contenta de su situacion.

La vida lleva en sí una serie de crisis desgraciadas y felices; durante las primeras, como sucedió á Gil al verse obligado á abandonar Madrid, los obstáculos surgen por todas partes, se multiplican y forman una red insuperable, que es preciso romper á fin de no verse envuelto en ella; los que retroceden ó no toman enérgica resolucion, los que carecen de valor necesario al sacrificio de su vanidad, de sus gustos, placeres y deseos,

agravan su situacion, y á veces la comprometen para siempre.

Por el contrario, si con nuestro carácter tenaz, pero honrado, ó con nuestro trabajo y prudencia, hemos obtenido una posicion mejor, todo parece que despues conspira á la recompensa. Desaparecen las dificultades, lo imposible se resuelve por accidentes favorables é imprevistos; parece que ya no resta sino dejarse arrastrar por las circunstancias, y, sin embargo, la prudencia dicta que debemos velar tanto ó más que en las anteriores circunstancias. La experiencia dice que la prosperidad es durable cuando se soporta con modestia; y la inevitable y ya sufrida desgracia nos enseña que es necesario ponerse en manos del Señor, y aceptar con igual sumision los males y los bienes que tiene por conveniente enviarnos, cualesquiera sean los medios y las personas de que se valga para ello.

Aquel dia era célebre para toda la familia.

Enrique Villena llegó más pronto que de costumbre. Tambien parecia trastornado por la alegría.

—Felicítenme ustedes,—exclamó apretando la mano que Gil le alargaba.—Soy muy feliz. He sido nombrado médico de la pequeña colonia de empleados y obreros de la fábrica en que Eduardo está empleado. Me dan una hermosa casita de las que han edificado recientemente, con un magnífico jardin y un sueldo inesperado, permitiéndome conservar mi actual clientela... Ya lo ven ustedes... soy muy feliz.

—Me parece que es usted acreedor á ello,—dijo Marta con ternura.

—¿Pero usted ignora, señora, las circunstancias que me rodean y la situacion en que esa proposicion me encuentra? Ella remueve los obstáculos que mi razon oponia á mis aspiraciones; concluye con las dificultades que se interponian entre mis deseos y su realidad...

—Silencio,—dijo por lo bajo Marta;—ya hablaremos de eso... Los chicos lo sabrán cuando todo esté arreglado.

Al siguiente dia se dispuso á hacer dos visitas. Atravesó á pié la distancia que habia á la casa de Villena, teatro un dia de su dramática juventud: aquel bosque, en el que ya se veia la fábrica, era el mismo del paseo con Magdalena, en donde las dos jóvenes se perdieron yendo á parar á la casita de Pablo Piñon, que tan triste papel habia representado en uno de los episodios de su vida... La

persona que iba á visitar era la viuda del que por debilidad, vanidad ó ligereza se convirtió en instrumento de las malas pasiones de una mujer pervertida por la envidia... ¡Y eso que era hombre de talento!... Que así entienden el talento muchos, primero haciendo desgraciados, para acabar despues por serlo ellos mismos.

Estos recuerdos tan amargos no carecian de dulzura para Marta. El tiempo habia realizado su mision. Marta recordaba todos los incidentes ocurridos en aquella época, pero profesaba la opinion de que los únicos recuerdos importantes, y siempre dolorosos, son los que nos reproducen el mal que hemos hecho, no el mal que hemos recibido; y en efecto, es imposible borrar (aun de los caractères más perfeccionados por el dolor) esa ligera dosis de amor propio que produce la secreta satisfaccion de la superioridad moral sobre los que se han hundido haciéndose despreciables ó nocivos.

Examinando su pasado, podia decirse que Marta habia hecho más bien que mal la habian causado; su existencia no era inútil ni egoista; no habia tenido que excusar su indiferencia ó su aversion por el dolor que la embargara; habia dado á cuantos la rodearon pruebas de cariño y de generosidad... La inesperada y verdadera desgracia es la mejor consejera y la maestra más cariñosa del hombre. Desde aquel suceso, decisivo para ella, habia conocido el calor que tenía el perdón, y se dedicó completamente á su familia; su actividad y energía, su recto y sano criterio salvaron los acontecimientos y fijaron el halagüeño porvenir de sus sobrinos.

En tan buena disposicion de ánimo llegó á casa de la señora viuda de Villena; una criada la introdujo en una modesta sala embellecida con el lujo de la pobreza: *con flores y limpieza*. La madre de Enrique la esperaba conmovida, y aquellas dos mujeres, que sólo se habian hecho algunas visitas de puro cumplido, se adivinaron y apreciaron mutuamente, reemplazando el pasado por un presente de afecto y confianza.

—Acaso comprenderá usted, señora, los motivos de esta visita,—dijo Marta.—Hace mucho tiempo que amamos á su hijo; hace pocos dias nos ha dado el singular placer de querer formar parte de nuestra familia. Al venir á ver á usted con este objeto, invierto las reglas de la etiqueta, que recomiendan esperar su visita y su formal peticion; pero me parece sabrá usted dispensarme ante el

deseo de verla lo más pronto posible; á los campesinos nos es permitido sustituir las leyes recelosas del mundo por un procedimiento completamente afectuoso.

—Mucho agradezco á usted—respondió la madre—el haber juzgado y comprendido perfectamente mi corazón; su visita aumenta mi reconocimiento por la bondad con que tratan ustedes á mi hijo apesar... del nombre que lleva.

—Me recuerda usted el pasado,—replicó Marta decidiéndose á abordar una cuestion que siempre habia evitado;—pero más vale arrojar esa espina que guardarla cobarde y vilmente; así no podrá clavarnos en lo sucesivo. Me parece que tendrá usted noticia de los proyectos formados y rotos hace muchos años, y aunque yo conserve en la memoria hasta los más insignificantes detalles, no abrigo el más pequeño rencor. Podemos hablar del que fué su compañero... Fué engañado... y al presente no me sería posible abrigar resentimiento alguno, porque, gracias á Dios, su conducta no condenó mi existencia á la inutilidad; he dedicado mi cariño y mis intereses á la familia que me rodea... y ya lo ve.

—Efectivamente; esa fuerza de voluntad, cuyo resultado es la tranquilidad y la calma, es privilegio de un número reducido de caractères; y si á eso unimos, en obsequio de aquel cuyo nombre llevo, su pasado, los repugnantes manejos y abominables ardides puestos en juego, el concurso de circunstancias que le rodearon...

—Todo lo conozco, y lo he apreciado con imparcialidad; así, suplico á usted sinceramente olvide ese pasado, para pensar sólo en el presente, que es mi mayor recompensa. Enrique quiere casarse...

—Lo sé, y sé que la señorita Cecilia se parece tanto á su tia...

—Cecilia se ha hecho una mujer de mérito,—se apresuró á decir Marta,—gracias á un maestro más hábil que yo, á ese maestro que da vista á los ciegos, que mata la vanidad, inspira el aprecio de los hombres de bien, y obliga á cultivar nuestras facultades... ¡la *desgracia!*... terrorífico huésped, cuya benéfica influencia ni conocemos ni podemos apreciar jamás. Me prometo de Cecilia, que ha obrado en sí misma un cambio radical, sea para el hijo de usted la mejor compañera que podria desearle; pero ántes de pasar adelante, debo informarla de un incidente que acaso haya ocultado á usted Enrique.

—Que hubiera podido casarse con una jó-
ven rica... muy rica...

—Sí, y si usted siente perder tan brillante
porvenir...

—¡Oh! No; no. La fortuna le hubiera traído
la ociosidad, el mayor y más grande obstácu-
lo que en el mundo se conoce para realizar la
felicidad humana. Ese enlace hubiera hecho
rico á mi hijo de repente. Y aunque en el
mundo se repite sin cesar que la más peque-
ña de las ventajas que la riqueza tiene, es la
de poder hacer mucho bien, yo me rio cuando
oigo hablar así; efectivamente, es ó parece
cierto, pero es una verdad condenada á no
pasar de mero dicho; rico el hombre, y más
si es de repente, y más aún si es malamente
adquirido lo que posee, pronto dedica á su
bienestar personal y á sus pasiones los re-
cursos de que puede disponer... y sus senti-
mientos se ahogan... y acaso hace ménos
que cuando por su propia situacion vive lle-
no de privaciones ó en la miseria. La elec-
cion de Enrique no puede ser más acertada;
es jóven y trabajará con ayuda de su mujer,
y obligada ésta á emplear su actividad, su
imaginacion y las largas horas de que se
compone el dia en bien de la familia, comba-
tirá el más peligroso de todos los consejeros,
el enojo, que á veces obliga á abandonar la
casa para encontrar distracciones ó placeres
fuera de ella. Ambos, pues, se hallan en las
condiciones más favorables para aspirar á
la mayor suma de bienestar posible.

—¡Qué hermoso lenguaje!—contestó Marta
sonriendo afectuosamente. — En su lugar,
muchas madres, muchas, sentirian eterna-
mente la fortuna que Enrique rechaza.

—Pero olvidando al propio tiempo que en
ciertas condiciones la riqueza es peligrosa.
Efectivamente, hay madres que sólo tienen
presente los placeres que la fortuna propor-
ciona, que olvidan ó desconocen los deberes
que ésta impone... Pero cuando se ha sufrido
mucho, se aprecian más y mejor las verda-
deras ventajas que la razon, la sabiduría y
la moderacion representan; se lee en el por-
venir y se aprende á prevenir. Cecilia posee
estas cualidades... Bien venida sea á la casa
de mi hijo.

—Vivirán en la medianía, —dijo Marta
apretando la mano de la señora de Villena,—
mas yo aseguraré su vejez interviniendo en
el contrato matrimonial.

—Todo cuanto usted haga estará bien he-
cho. La suplico que dejemos este asunto...

—Para despues, ¿no es verdad?—preguntó

Marta levantándose.—Enrique comerá con
nosotros hoy. ¿Quiere usted acompañarle?
Para entónces Cecilia estará enterada, y po-
drá usted pedir su mano.

—Con mucho gusto,—respondió aquélla,
acompañando á Marta hasta la puerta. Allí
las dos señoras se miraron por espacio de
varios segundos, y despues se abrazaron con
efusion.

Al dirigirse al castillo de Laflor, encontró
al señor Domingo que iba en una carretela;
éste se detuvo y pidió permiso á Marta para
acompañarla. Al otorgárselo le manifestó la
intencion que llevaba al dirigirse á su casa.

—¿Y qué?—preguntó Domingo con interes.

—Su ensayo ha dado un resultado inespe-
rado. Al manifestar á Enrique la posibilidad
de un matrimonio sorprendente, le he obliga-
do á confesarme que tenía esperanzas más
modestas... que amaba á mi sobrina, y que
la pedia en matrimonio.

—¿Y Gil ha consentido?

—Ya lo creo, y con mucho gusto.

—¡Pero si nada poseen los dos!

—En efecto, casi nada; sin embargo, son
jóvenes, virtuosos, nobles, honrados, y... *tra-
bajarán*. Además se aman, y eso es una gran
riqueza... Desgraciados de los que no han co-
nocido ni pueden conocer ese sentimiento
desinteresado y puro. El legítimo amor pro-
pio de usted no tiene por qué ofenderse ni re-
sentirse; Enrique ni sabe ni sabrá la mision
que usted me confió.

—Lo creo, señorita,—contestó Domingo sin
poder ocultar su despecho.

—Hacia mucho tiempo que amaba á Ceci-
lia,—contestó Marta con dulzura.

—¡Sí... qué desgracia! ¡Le aprecia tanto
Matilde!... ¡Le es tan simpático su carácter!

—Matilde es muy jóven; permitidla re-
flexionar, instruirse, mejorarse... y no dude
usted que encontrará yerno digno de su hija.

—Así sea,—respondió el banquero despi-
diéndose de Marta en la puerta de la casa de
ésta, adonde acababan de llegar.

—No siempre triunfa la habilidad,—añadió
Domingo arrimando un par de latigazos
á los caballos, que por cierto no lo mere-
cian;—me parecia que valiéndome de esa vie-
ja... Y el caso es que á no haber abordado es-
ta cuestion, acaso ese visionario... Por cier-
to que es coincidencia... ¡Parece imposible
que la riqueza sea impotente en ciertas oca-
siones!

XIX

CONCLUSION.

La señora de Villena y su hijo asistieron con puntualidad á la comida. Dado el consentimiento por todos, y previa la oportuna discusión, convinieron en que el matrimonio se realizase dentro de tres meses. En este tiempo prepararon los regalos y el mobiliario y la casa concedida al médico de la fábrica. Los señores de Gil iban á tener la satisfaccion de dar á su hija mayor, que tendrían muy cerquita, UN HOMBRE HONRADO É ILUSTRADO, al que debían en gran parte la reforma de los otros hijos.

Resumiendo: estos señores reconocían, el mismo día en que realizaba su enlace, la justicia y la verdad de la doctrina de Marta, y abrazándola con ternura y reconocimiento, repetían por lo bajo: «*No es la desgracia un mal; no hay mal que por bien no venga, cuando ese mal no es proporcionado voluntariamente por uno mismo. La desgracia sufrida con resignacion y caridad, mejora y enseña, fortifica y engrandece, es causa del bien, DEL BIEN HUMANO*».

¡Bienaventurados los que lloran, porque de ellos es el reino de los cielos! y porque en la tierra gozarán de la riqueza de espíritu, de LA VERDADERA FELICIDAD HUMANA, que consiste en *la tranquilidad de conciencia y en el goce que el honrado trabajo produce*; preciosos y únicos tesoros del alma, incomparable y poderosa LEGÍTIMA Ó DOTE que los padres pueden legar á sus hijos.

Convertido el porvenir en presente, se realizaron las modestas esperanzas de los diversos personajes de esta narracion.

La labranza del señor Gil, en aumento.

Eduardo, en situacion de alcanzar y ganar una fortuna por sí mismo, ya que no colossal, suficiente, legitima y honrosa.

Uno de sus compañeros se enamoró de su hermana Luisa.

Matilde no se ha casado, pero es tan buena que ha olvidado por completo sus simpatías y sus aspiraciones de tiempos pasados. Hubiese tenido numerosos pretendientes, pero la asustaba tanto la idea del interes, de la preferencia á su dote más que á sus bellas cualidades, que se hallaba resuelta á atender ántes que á la firmeza de carácter á la nobleza de sentimiento, bondad de corazón,

honradez y elevacion de espíritu de quien eligiese por marido.

La raza de los hombres desinteresados no ha desaparecido hasta el punto de que pueda temerse sea irrealizable el sueño de Matilde.

Cuentan que Eduardo la ve y trata diariamente al lado de sus hermanas, y que aprecia tanto el carácter, talento y distinguidas prendas de la que, si un día fué tipo de elegancia, figurin del gran mundo, hoy es una amable y espiritual persona, que se ocupa de ella más de lo que la amistad autoriza; y como puede llegar á la fortuna por sus propias fuerzas, Matilde no puede sospechar en él lo que ha sido motivo para rechazar á otros muchos anteriormente.

Las dos familias se han hecho inseparables.

Cecilia ya tiene una niña. Ambas abuelas han rogado á la tia Marta que la saque de pila, á condicion de que lleve su nombre.

Aquellas almas, purificadas por la desgracia, regeneradas por el trabajo, fortalecidas por la virtud de un solo sér, viven en paz consigo mismas y en sus relaciones con los demas.

No hay camino en el mundo que pueda dar resultado más favorable, y los que como éstos obtienen aquélla, son dignos del mayor respeto.

Saben lo que vale y lo que cuesta la VERDADERA RIQUEZA, LA HUMANA FELICIDAD, la que únicamente *prepara la felicidad eterna*.

¡Dichosos, sí, una y mil veces los que lloran!

Porque de ellos será la PAZ Y TRANQUILIDAD EN LA TIERRA, Y EL REINO DEL SEÑOR EN EL CIELO.

D. ALCALDE PRIETO.

LA POESÍA EN DINAMARCA Y NORUEGA

Una publicacion inglesa, *L'Academy* de Lóndres, ha hecho recientemente, sobre la literatura escandinava, juiciosas reflexiones, de las que extractamos lo que sigue:

La vida de la literatura pura es actualmente más activa en Dinamarca y en Noruega que en Alemania, si se tiene en cuenta la cifra de las poblaciones de los tres países.

Las producciones poéticas danesas y no-

ruegas pueden ponerse al nivel de las producciones germánicas, y han sido provocadas por un movimiento literario más intenso.

En Alemania no existe por el momento iglesia militante en literatura. No se ven allí grupos de jóvenes escritores luchando contra las preocupaciones de la generación precedente. Allí no hay, como en Francia, dos escuelas opuestas que defienden principios estéticos contrarios. La escuela romántica alemana está muerta desde hace mucho tiempo, y las gradaciones que se observan entre los escritores actuales son únicamente las que provienen de las diferencias de temperamento.

En el Norte es muy distinto; hay un verdadero conflicto de los espíritus. Las ideas se renuevan, y los que se lanzan al campo de la literatura sienten la necesidad de tomar partido entre la antigua manera de pensar y la nueva.

La lucha ha comenzado en el terreno filosófico y religioso.

Los conservadores llevaron, por el pronto, la ventaja, y redujeron al silencio á los profesores y los escritores que se permitían discutir la antigua ortodoxia. Los jóvenes no permanecieron, sin embargo, ociosos. Se ocuparon en traducir á los autores extranjeros: Darwin, Tyndall, Stuart Mill, Herbert Spencer, el poeta Swinburne, Taine, Flaubert, Zola, y, en general, todas las obras de cierto valor. Acallando los rencores contra Alemania, dieron á conocer á sus compatriotas las obras de Straus y de Hæckel, las de Pablo Heyre y de Spielhorgen.

Tanto en Noruega como en Dinamarca, se puede contar con una legión de jóvenes debutantes, cuyas primeras novelas ó primeros tomos de poesías hacen concebir grandes esperanzas: Holger Drachmann y Sophus Schandorf, el jovencito que firma *Epigonos*, Kristian Elder, y Alejandro Kjelland.

Si un crítico danés escribiese para su país el artículo que Teófilo Gautier quería escribir para el suyo con el título de *Los que serán célebres*, no se había de haber apurado para encontrar nombres con que enriquecerlo.

R. M.

WILHELM MEISTER

PRIMERA PARTE

AÑOS DE APRENDIZAJE

Libro quinto.

(Continuacion.)

Pronto se fijaron los pensamientos de Guillermo en sus propios negocios, lo que no hizo sin cierta inquietud. En ninguna posición tan peligrosa puede hallarse el hombre como cuando las circunstancias exteriores llegan á causar gran perturbación en su situación sin que su manera de pensar y de sentir esté preparada para ello. Esto es, pues, una mutación sin mutación, y la contradicción se marca tanto más, cuanto menos el hombre se apercebe de que no está aún asimilado á su nuevo estado.

Guillermo se encontraba libre en un momento en que aún no estaba de acuerdo consigo mismo. Su principios eran nobles, sus miras puras y sus proyectos parecían muy admisibles. Podía confesarse esto á sí propio con toda confianza; pero había tenido bastantes ocasiones de comprender que le faltaba la experiencia, y concedía, por consecuencia, un valor exagerado á la experiencia de los demás y á los resultados que de ella deducían con convicción, lo cual le sumía más y más en el error. Creía poder adquirir de repente lo que le faltaba dándose á retener y á recoger cuanto hallase de notable en los libros ó en la conversación. Transcribía de esta manera las reflexiones y las ideas del prójimo y las suyas propias, y hasta conversaciones enteras que le habían interesado; desgraciadamente fijaba con este procedimiento lo falso como lo cierto, se adhería por demasiado tiempo á una idea aislada, puede decirse que á una sentencia, y perdía su manera peculiar de obrar y de pensar á fuerza de dar vueltas como satélite en torno de claridades extrañas.

La pesadumbre de Aurelia y el frío desencanto de Laertes pervirtieron con sobrada frecuencia su juicio; mas nadie le fué tan perjudicial como Jarno, hombre cuya luminosa razón aplicaba siempre un juicio imparcial á los sucesos presentes, pero que tenía el defecto de formular un juicio particular de una manera general, siendo así que

los veredictos de la razón sólo tienen valor por una sola vez y para una especie dada, y se convierten en falsos si se les aplica al caso más semejante.

De esta suerte, Guillermo, procurando ponerse de acuerdo consigo mismo, se alejaba más y más de este saludable acuerdo, y gracias á este desorden, fué tanto más fácil á sus pasiones utilizar en su provecho todos estos preparativos y confundirle más y más acerca de lo que debía hacer.

Serlo supo aprovecharse de la fúnebre noticia; cada día tenía más razón, en efecto, para procurar reorganizar su teatro. Erale preciso, ó renovar sus antiguos contratos, de lo que no tenía gana alguna, pues la mayor parte de los comediantes que se tenían por indispensables se hacían cada vez más insoportables, ó bien, lo que le agradaba mucho más, dar á la compañía nueva forma.

Sin obrar directamente con presión sobre Guillermo, excitó á Aurelia y á Filina; los otros comediantes, que iban tras una contrata, no dejaban, por decirlo así, un momento de descanso á nuestro amigo; de modo que éste se halló muy ahogado y obligado á decidirse.

¿Quién hubiera dicho que una carta de Werner, escrita en sentido completamente opuesto, le determinó á tomar por fin una resolución? Suprimiendo los preliminares, daremos la carta casi textualmente.

CAPÍTULO II.

«Sucede, y así debe suceder sin duda alguna, que cada uno se ocupa de sus negocios en todo momento y pone en acción su actividad. Apenas hubo concluido el pobre anciano, cuando al cuarto de hora nada andaba ya en la casa según sus ideas. Amigos, conocidos, parientes se precipitaron en tropel, muy en particular esa clase de gentes que tienen siempre que ganar en parecidas circunstancias. Se traía, se llevaba, se contaba, se inscribía, se calculaba; los unos iban á buscar vino y pasteles, los otros comían y bebían; nadie parecía tan ocupado como las mujeres, que elegían sus lutos.

»Me perdonarás, pues, amigo mío, si en este estado de cosas he pensado en tus intereses, si me he mostrado lo oficioso é interesado que me ha sido posible para con tu hermana, y si le he dado á entender, por de contado en el momento conveniente, que nuestro deber era acelerar una unión que nues-

tros padres habían retardado hasta entonces por cuestiones de detalle.

»Pero de seguro no piensas que hayamos tenido la idea de tomar posesión de la gran casa vacía; somos sobrado modestos y razonables para eso. Escucha nuestro plan: hecho que sea el matrimonio, tu hermana se instala en nuestra casa, y con ella tu madre.

»¿Cómo es eso posible? dirás tú. Apenas teneis sitio para vosotros en el nido. Aquí del ingenio, amigo mío; un hábil arreglo lo hace todo posible, y no creerás cómo se encuentra sitio cuando se necesita poco espacio. Venderemos la casa grande, para la cual se presenta excelente comprador. El dinero que se saque de ella producirá un interés centuplicado.

»Espero que consentireis en todo esto, y deseo que no hayas heredado las estériles manías de tu padre y de tu abuelo. Éste cifraba su dicha en una multitud de objetos de arte sin brillo, de los que nadie, repito que nadie, podía gozar con él. Aquél vivía instalado con una riqueza cuyos goces no repartía con nadie. Queremos obrar muy diferentemente, y cuento con tu aprobación.

»Es cierto que yo no tengo en toda nuestra casa más sitio que el de mi pupitre, y no sé aún dónde se pondrá más tarde una cuna; pero, por el contrario, no me falta sitio fuera de la casa. Los cafés y los clubs para el hombre; los paseos á pié y en coche para la mujer; para ambos, los deliciosos sitios de recreo en el campo. Una de las mayores ventajas de todo esto, es que nuestra mesa redonda está enteramente llena, y que ya no le será posible á mi padre llevar á ella amigos que hablan de él con tanta más ligereza cuanto más trabajo se ha tomado él por obsequiarlos.

»¡Nada superfluo en la casa, nada de sobrados muebles, nada de coches y caballos! Nada más que dinero, y hacemos razonablemente cada día lo que nos place. Nada de guardaropa, llevar siempre puesto su última y más bella ropa.

»El hombre puede gastar su vestido, y la mujer vender el suyo al traperero cuando la moda cambia. Nada me es tan insoportable como estos viejos trapajos; si me ofrecieran regalarme la piedra más preciosa á condición de llevarla siempre en el dedo, no la aceptaría. ¿Cómo puede pensarse con gusto que se tiene entre manos un capital muerto? Hé aquí, pues, mi alegre profesión de fe: ocuparse de sus negocios, ganar dinero, diver-

tirse con los suyos, no ocuparse del resto del mundo más que en tanto pueda sacarse de él beneficio.

»Pero tal vez me digas: ¿Qué habeis dejado para mí en tan hermoso plan? ¿Dónde voy á alojarme si vendeis la casa paterna, y si no dejais libre el más pequeño sitio en la vuestra?

»Este es en verdad el punto principal, mi querido cuñado, acerca del cual te iniciaré enseguida, luégo que te haya prodigado los elogios que merece el buen empleo de tu tiempo.

»Haz el obsequio de decirme cómo te has manejado para llegar á ser en algunas semanas tan conocedor de muchas cosas útiles é interesantes. Aun conociendo mucho tus prendas, no te hubiera creído capaz de semejante aplicacion ni de tal perspicacia. Tu Diario nos ha demostrado que has viajado con fruto; la descripción de las fraguas y fundiciones de hierro y de cobre es excelente, é indica gran conocimiento de la cosa. Yo las he visitado en otro tiempo; pero mi relato, si le comparo con el tuyo, parece muy inferior y más débil. La carta acerca de la fabricacion de telas es instructiva, y las observaciones apropósito de la concurrencia, muy justas. Hay en ella ciertos pasajes en que has incurrido en algunos errores de adición, muy perdonables por cierto.

»Pero lo que nos ha causado más placer, á mi padre y á mí, son tus consideraciones sobre agricultura, muy principalmente las de mejoras de terrenos. Hemos pensado comprar, en un término fértil, una hacienda que se halla actualmente embargada. Emplearemos en ella la suma que quede disponible de la venta de la casa paterna; liberaremos una parte de ella, dejando el resto tal cual se halla; contamos contigo para que te establezcas en ella, para que dirijas las mejoras, y puede asegurarse, sin exageracion, que la hacienda triplicará su valor dentro de algunos años. Vendémosla, cómprase otra mayor, mejórase ésta y se vende á su vez; eres el hombre que necesitamos para esto. En el ínterin, nuestras plumas no estarán quietas, bien pronto nos hallaremos en una situacion muy envidiable.

»Y ahora ¡adios! Goza de la vida de viaje, vé adonde creas que te será agradable y útil ir. Hasta dentro de seis meses no te necesitamos; puedes, pues, correr el mundo á tu antojo; viajando es como mejor se forma un hombre hábil. Adios, me doy la enhorabuena,

estando tan estrechamente ligado á tí, de estarlo nuevamente por el espíritu de actividad.»

No obstante lo bien escrito de esta carta, lo llena que estaba de verdades económicas, disgustó mucho á Guillermo por varias causas. El elogio que recibia por sus aparentes conocimientos estadísticos, tecnológicos y agrícolas era para él secreto reproche; el ideal que su cuñado le trazaba de la felicidad de la vida de hacendado no le encantaba en modo alguno; un interno sentimiento de contradicción le empujaba del lado contrario. Persuadióse de que sólo en el teatro podria alcanzar el desenvolvimiento á que aspiraba, y pareció tanto más firme en su resolucion cuanto que Werner, sin pensarlo, habiase convertido en su opositor más violento. A este propósito reunió todos sus argumentos y se confirmó en sus opiniones con tanta más fuerza en cuanto creyó tener más razones para representarlas á Werner bajo un aspecto favorable; en este sentido fué concebida la respuesta, que igualmente trascribimos.

CAPÍTULO III.

«Tu carta está tan bien escrita, tan juiciosa y sutilmente pensada, que nada puede añadirsele. Mas perdóname si te digo que se puede pensar, sostener y hacer todo lo contrario, y tener, esto no obstante, razon tambien. Tu manera de ser y de pensar conduce á una riqueza sin límites y á una existencia fácil y alegre, y apenas necesito decirte que no hallo en ella nada que me ilusione.

»Debo en primer lugar confesarte que mi Diario ha sido extractado, para cumplir el deseo de mi padre, de varias obras y con ayuda de un amigo; que conozco, es cierto, las cosas contenidas en esos libros, y muchas otras del mismo género, pero que no las entiendo nada ni intentaré comprenderlas. ¿De qué me sirve fabricar buen hierro, si mi corazón está lleno de escorias? ¿De qué me sirve administrar bien una propiedad, si no puedo entenderme conmigo mismo?

»En una palabra, el fin de mis deseos y de mis proyectos ha sido vagamente, desde mi juventud, mi natural desarrollo, tal cual he nacido. Alimento hoy todavía los mismos sentimientos, y veo con más claridad los medios que me harán posible su ejecucion. He visto más mundo de lo que crees, y sacado de él más provecho de lo que piensas. Pon,

pues, alguna atención á lo que digo, aunque esto no se halle conforme á tus ideas.

»A ser yo noble, pronto fuera terminada nuestra discusión; mas como sólo pertenezco al estado llano, debo seguir una vía adecuada, y deseo que me comprendas bien. No sé si así sucede en otros países; pero en Alemania sólo un noble puede alcanzar un desarrollo general, y casi pudiera decir personal. El hombre del estado llano puede hacerse con méritos, y caso necesario cultivar su espíritu; pero, haga lo que quiera, su personalidad desaparece por entero. En tanto un noble, que vive con los hombres más distinguidos, tiene el deber de elevarse por sí mismo á la forma más distinguida, siendo esta forma para él (á quien todas las puertas están abiertas) una forma personal, pues que con su persona ó su representación debe figurar en la corte ó en el ejército, tiene razones para hacer gran caso de ello y para manifestar que lo hace. Cierta gracia solemne en las cosas vulgares, una especie de amabilidad ligera en las cosas graves é importantes, siéntanle bien, porque ellas demuestran que todo en él se equilibra. Es un hombre público, y cuanto más elegantes son sus ademanes, más sonora su voz, cuanta más continencia y circunspección hay en su persona, más se aproxima á la perfección. Si sabe ser el mismo con los grandes y con los pequeños, con los parientes y con los amigos, entonces no puede pedirle nada más, ni nada más desear en él. Que sea fino, pero sensato; disimulado, pero prudente. Si sabe dominar su fisonomía en todo momento de su existencia, nadie puede pedirle que vaya más allá, y todo lo demás que en sí ó fuera de sí poseer pueda, facultades, talento, riqueza, le es tenido en cuenta sólo como accesorio.

»Representate ahora á un hombre del estado llano que alimente pretensión á estas ventajas; se estrellará fatalmente del más completo modo, y será tanto más desgraciado cuanto que su natural le presta condiciones é inclinación para esta manera de ser.

»Si el noble no conoce límites en la vida ordinaria, si puede hacerse de él un rey ó el igual de un rey, le es lícito presentarse por doquiera ante sus iguales con calma y aplomo; puede andar hacia adelante, en tanto que nada es tan conveniente al hombre del estado llano como el sentimiento secreto y franco de la línea de demarcación que esté trazada ante él. No debe decir: «¿Quién eres

tú?» sino: «¿Qué tienes tú? ¿Qué inteligencia, qué conocimientos, qué facultades, qué fortuna?» Si el noble lo da todo al presentar su persona, el hombre del estado llano no da nada ni debe dar nada por su personalidad. Aquél puede y debe figurar; éste sólo debe ser, y cuando quiere figurar es ridículo y absurdo. Aquél debe hacer y obrar; éste debe suministrar y trabajar, debe desenvolver facultades especiales, á fin de ser útil, y es cosa prevista de antemano que no existirá la armonía de un ser, porque, para llegar á ser útil en un ramo, debe abandonar todo lo restante.

»De esta diferencia no son culpables las usurpaciones de los nobles ni la condescendencia del estado llano, sino la constitución misma de la sociedad. Si alguna cosa se modifica en esto, y alguna se modificará, impórtame poco; el caso es que, de admitir las cosas tales cual son, debo pensar en mí y en los medios de salvarme y de obtener lo que es para mí de absoluta necesidad.

»En fin, siento una atracción irresistible hacia ese perfeccionamiento armónico de mi naturaleza que me niega mi nacimiento. Desde que me separé de tí he ganado mucho con los ejercicios corporales; me he desembarazado en gran parte de mi cortedad habitual, y me presento con bastante soltura. He corregido mi lenguaje y mi voz, y puedo decir sin vanidad que no soy mal recibido en sociedad. Ahora no te ocultaré que mi deseo de ser hombre público, de agradar y de operar en círculo más vasto, se hace cada día más invencible: añade á esto mi inclinación por la poesía y todo lo que con ella se relaciona, la necesidad de cultivar mi espíritu y mi gusto, para que poco á poco, en este goce de que no sé prescindir, no considere realmente lo bello más que como bello, y lo bueno como bueno. Ya lo ves, pues, sólo en el teatro puedo hallar todo esto, y sólo en este medio puedo realizar mi propósito y perfeccionarme. El hombre ilustrado aparece en las tablas en todo su brillo tan personalmente como en las clases altas; el espíritu y el cuerpo deben en todo movimiento seguir el mismo compás, y yo pareceré en ellas tan bueno como otro cualquiera. Si á la par de esto busco ocupaciones, hay en ello sobradas molestias materiales en que ejercitar diariamente mi paciencia.

»No discutas conmigo sobre el particular, pues antes de que me escribas, el paso estará dado. Obedeciendo á repugnantes pre-

ocupaciones, cambiaré de apellido, y áun prescindiendo de esto, no me avergonzaria de presentarme con el apellido de *Meister*. Adios. Nuestra fortuna está en tan buenas manos, que no me preocupo en manera alguna por ella: todo aquello de que pueda necesitar, te lo pediré; pequeña cosa será, pues espero que el arte me sostenga.»

Apénas enviada la carta, cumplió Guillermo su palabra, y con gran sorpresa de Serlo y de los demas, declaró que se dedicaba á la profesion de comediante, y que deseaba hallar contrata en condiciones razonables. Presto se pusieron de acuerdo, pues Serlo ya habia asegurado que Guillermo y sus camaradas no tendrian de qué quejarse. Toda la desgraciada compañía de quien por tanto tiempo nos hemos ocupado, fué recibida en masa, sin que por esto nadie, excepcion hecha de Laertes, mostrara ningun agradecimiento hacia Guillermo. Como habian pretendido sin confianza, recibieron sin agradecimiento. En su mayoría más bien creyeron deber su admision á la influencia de Filina, y le hicieron presente su agradecimiento. En el entretanto se redactaron y firmaron las contratas, y por una inexplicable asociacion de ideas, en el momento en que Guillermo inscribia su seudónimo, su imaginacion le trasportó á aquel claro en donde yacia herido sobre las rodillas de Filina. Montada en su caballo blanco, la amable amazona salió del taller, se acercó á él y echó pié á tierra. Con ardor complaciente iba y venía; por fin se paró ante él. Cayó de sus hombros la capa, su rostro y su persona centellearon; despues desapareció. Él trazó maquinalmente su nombre sin saber lo que hacia, y sólo despues de haber firmado se apercibió de que Mignon se hallaba á su lado, que le habia cogido del brazo é intentado suavemente detener su mano.

CAPÍTULO IV.

Una de las condiciones bajo las cuales Guillermo se dedicaba al teatro, habia sido objeto de algunas restricciones por parte de Serlo. El uno queria que se representara *Hamlet* por entero y sin cortes, el otro no accedió á esta singular peticion sino en cuanto fuese posible. Hasta entónces habian tenido muchas discusiones sobre el particular; pues acerca de lo que es ó no posible, de lo que se puede cercenar de la obra bien mutilada, diferian mucho sus opiniones.

Guillermo se hallaba aún en esa feliz edad en que no puede admitirse que la mujer amada, que el autor venerado, puedan ser defectuosos en modo alguno. Nuestra sensibilidad, tan de acuerdo consigo misma, es tal, que suponemos en ellos idéntica armonía. Serlo, por el contrario, arreglaba de buena gana con demasiada facilidad; su razon penetrante no veia habitualmente en una obra de arte mas que un todo más ó ménos imperfecto. Creia que son pocas las razones para respetar tan escrupulosamente las obras; Shakspeare, y sobre todo su *Hamlet*, se resintieron mucho de esta manera de apreciar.

Guillermo no escuchaba nada cuando Serlo le hablaba de separar el grano de la paja.

—No se trata de una mezcla de paja y grano, exclamaba el primero, sino de un tronco, de brazos, de ramos, de hojas, de botones, de flores y de frutos. ¿La unidad no proviene de la variedad?

Decia el otro que en una mesa no se sirve un árbol entero; que el artista debe ofrecer á sus huéspedes manzanas de oro en fuentes de plata. Deshacíanse en comparaciones, y sus opiniones parecian divergir cada vez más.

Cercano estaba á la desesperacion nuestro amigo, cuando Serlo, tras una larga discusion, le propuso un dia el medio más sencillo, es decir, que se decidiera á coger la pluma y á rayar en el drama los pasajes que no resaltaban, á condensar varios personajes en uno solo, y que, si no se creia bastante diestro para esta operacion, ó no se encontraba con valor para emprenderla, él se ofrecia á encargarse de este trabajo, que muy luégo estaria hecho.

—Eso no es conforme con nuestras convenciones, dijo Guillermo. ¿Cómo podeis, teniendo tanto gusto, ser tan ligero?

—Amigo mio, exclamó Serlo, vos tambien llegareis á ello. Conozco demasiado lo odioso de este procedimiento, que tal vez no ha sido aún empleado en ningun teatro del mundo. ¿Pero acaso hay alguno más descuidado que el nuestro? Los autores nos obligan á estas repugnantes mutilaciones, y el público las autoriza. ¡Cuántas obras no tenemos que van más allá de los límites de lo personal, de las decoraciones, de las máquinas, del tiempo, del diálogo, y de la fuerza física de los actores! Y, no obstante, estamos obligados á representar, á representar siempre y á representar de nuevo. ¿No debemos aprovecharnos de nuestras ventajas, si nos da me-

¿jor éxito la obra mutilada que la obra completa? El público mismo nos concede derecho para ello. Pocos alemanes, y sin duda pocos hombres en las naciones modernas, tienen el sentimiento de un todo estético; alaban y critican por partes, ¿y para quién son más lisonjeras estas alabanzas que para el comediante, ya que el teatro sólo es en el fondo un objeto hecho de piezas y de pedazos?

—Lo es, replicó Guillermo. ¿Mas debe serlo siempre? ¿Debe permanecer siempre en este estado? No intentéis persuadirme de que tenéis razón, porque ninguna fuerza humana podrá obligarme á llenar un compromiso que sólo habré suscrito con el error más grosero.

Serlo dió á la cosa un giro chancero, y aconsejó á Guillermo una vez más que meditase sus frecuentes conversaciones apropiado del *Hamlet*, y que buscarse los mejores medios de retocarlo.

Luégo de algunos dias de retiro, Guillermo volvió con expresion de contento.

—Mucho me equivoco, exclamó, si no he hallado la manera de condensar el todo. Estoy persuadido de que Shakspeare hubiera hecho lo mismo, á no haber estado su genio tan preocupado por el objeto principal, y á no haberse dejado llevar con tanta frecuencia de las versiones segun las cuales componia.

—Oigamos, dijo Serlo sentándose gravemente en el canapé. Seré todo oídos, bien que para juzgar con mayor severidad.

Guillermo respondió:

—No temo nada; escuchad. Tras el más profundo exámen y las más maduras meditaciones, he hecho dos partes de la composicion de esta obra. Pongo en la primera las grandes é íntimas relaciones de los personajes y de los sucesos; los poderosos efectos que nacen del carácter y de las acciones de las figuras principales. Estos efectos son excelentes, y la gradacion con que son presentados no ganaria nada al ser retocada. Ninguna modificacion podria destruirlos: apenas si los desfiguraria. Esto es lo que cada uno desea ver, lo que nadie se atreve á tocar, lo que se imprime prudentemente en el alma, y lo que, á lo que yo pienso, se ha introducido por doquiera en el teatro aleman. Pero creo que donde se ha errado es al considerar como muy poco importante la segunda parte (la cual es la más notable en esta obra), esto es, las relaciones externas de los personajes, á quienes hacen pasar de un sitio á otro, á quienes unen de tal ó cual modo por sucesos

imprevistos; no se ha hablado de ello más que accidentalmente, y áun se ha prescindido de ellos por completo. Estos hilos son, sin duda, tenues ó flojos, pero atraviesan toda la obra, sostienen lo que caeria hecho pedazos, y que en efecto cae cuando se cortan estos hilos, y se cree haberlo hecho todo porque se dejan subsistentes las extremidades.

En el número de estos sucesos exteriores coloco las turbulencias de la Noruega, la guerra con el jóven Fortinbras, la embajada al viejo tio, la querrela apaciguada, la expedicion del jóven Fortinbras á Polonia y su vuelta á la postre; igualmente la vuelta de Horacio cuando viene de Wittenberg; el deseo de Hamlet de ir allí igualmente, el viaje de Laertes á Francia, su vuelta, el envío de Hamlet á Inglaterra, su cautiverio entre los piratas, la muerte de los dos cortesanos cuando la carta de Urías: son éstas circunstancias y sucesos que alargan y ensanchan el cuadro de una novela, pero que perjudican extremadamente á la unidad de la obra, sobre todo de ésta, en la que el héroe no tiene plan consecuente, y la hacen muy defectuosa.

—¡Con gusto os oigo hablar de esa suerte! exclamó Serlo.

—No me interrumpais, replicó Guillermo; tal vez no esteis conmigo en todos los puntos. Estas faltas son los andamiajes volantes de un edificio, que no pueden retirarse sino despues de haber construido debajo un muro de apoyo. Mi proyecto es, pues, no tocar á las grandes situaciones que he indicado en primer término, sino respetarlas, por el contrario, todo lo posible en su conjunto y en su detalle; pero en cuanto á los segundos motivos exteriores, aislados, desordenados y molestos, rechazarlos en masa y sustituirlos por uno único.

—¿Qué será? preguntó Serlo dejando su actitud de reposo.

—Este motivo se halla ya en la obra, respondió Guillermo, sólo que yo hago de él conveniente uso. Son las turbulencias de la Noruega. Vais á juzgar de mi plan.

A la muerte del viejo Hamlet, los noruegos, recientemente conquistados, se levantaron. El soberano actual les envia á Dinamarca su hijo Horacio, antiguo camarada de escuela de Hamlet, que ha sobrepujado á los otros en bravura y en sabiduría; va á activar el armamento de la flota, que se verifica lentamente bajo el mando del nuevo rey, dado á los placeres. Horacio conocia al viejo rey, pues asistió á su última batalla; gozaba de

su favor, y la primera aparición del espectro no perderá, pues, nada. El nuevo rey da enseguida audiencia á Horacio, y envía á Laertes á Noruega á anunciar que la flota partirá pronto; en tanto Horacio se ha encargado de activar su armamento. Pero la madre de Hamlet no quiere permitir que su hijo se embarque con Horacio, como era su deseo.

—¡Gracias á Dios! exclamó Serlo. Hémos ya libres de Wittenberg y de la universidad, que eran siempre un peligroso escollo. Hallo vuestra idea excelente; pues independiente de los objetos aislados é invisibles, la Noruega y la flota, el espectador no tiene nada que imaginar; todo lo ve, pasa ante su vista, mientras que ántes su imaginación era llevada de un cabo al otro del mundo.

—Fácilmente comprendereis, replicó Guillermo, cómo puedo ahora volver á anudar el resto. Cuando Hamlet describe á Horacio el crimen de su padre político, su amigo le aconseja que le siga á Noruega, gane las tropas y vuelva á su país con las armas en la mano. Como Hamlet es un sér peligroso para el rey y para la reina, no encuentran medio más sencillo de deshacerse de él que enviarle á la flota, dándole por guardianes Rosenkranz y Guldenstern; y como Laertes vuelve en el ínterin, este jóven, cuya exaltación es homicida, es enviado contra él. Los vientos contrarios han detenido la flota; vuelve Hamlet aún, su excursión al cementerio puede fácilmente motivarse: su encuentro con Laertes sobre la tumba de Ofelia es una circunstancia indispensable.

Sobre esto el rey pensará que más vale desembarazarse inmediatamente de Hamlet; la fiesta de la partida, la fingida reconciliación con Laertes celébranse con gran solemnidad, viene despues el torneo, donde combaten Hamlet y Laertes. No puede terminar la obra sin los cuatro cadáveres, no debe quedar ni uno. Habiendo conquistado el pueblo el derecho á la elección, Hamlet moribundo da su voto á Horacio.

—Vamos, pronto, dijo Serlo, poned á la obra y trabajad; vuestra idea tiene toda mi aprobación; pero que vuestro ardor no se convierta en humo.

CAPÍTULO V.

Hacia mucho tiempo que Guillermo se había ocupado en una traducción de *Hamlet*; para esto habíase servido del inteligente trabajo de Willand, por quien primeramente

había conocido á Shakspeare. Había aumentado lo que aquél había omitido, y poseía así un ejemplar completo en el momento en que acababa de ponerse también de acuerdo con Serlo para el arreglo de la obra. Empezó entonces á cortar y á arreglar, á separar y á reunir, á trasponer, más tarde á restituir; pues por contento que estuviese de su idea, creía siempre que, al ponerla en ejecución, no haría más que echar á perder el original.

Luégo que hubo terminado, leyó la obra ante Serlo y el resto de la compañía. Mostráronse todos muy satisfechos; Serlo, por su parte, hizo algunas observaciones favorables.

—Habeis perfectamente comprendido, dijo, que algunas circunstancias extrañas acompañan á esta obra, las cuales deben presentarse con más sencillez de lo que lo ha hecho el gran poeta. Lo que sucede fuera del teatro, lo que el espectador no ve, lo que debe representarse es como un fondo sobre el cual se mueven las figuras. La grande y sencilla perspectiva de la flota y de la Noruega favorecerá mucho á la obra; si se la despoja de aquélla, sólo queda un drama íntimo, y esta gran idea de una casa real que parece por el parricidio y el desorden no estaría representada en toda su dignidad. Pero si este fondo subsistiera caprichoso, tumultuoso, confuso, perjudicaría mucho á la impresión que deben producir las figuras.

Guillermo hizo de nuevo causa con Shakspeare, y demostró que éste escribía para insulares, para ingleses, que están acostumbrados á no ver como fondo de cuadro más que buques y viajes de mar, las costas de Francia y los corsarios, y que lo que es para ellos cosa comun nos turba y nos subleva.

Serlo tuvo que convenir en ello, y aún se pusieron de acuerdo acerca de que, estando destinada la obra al teatro alemán, este fondo, más grave y más sencillo, era preferible al carácter de nuestra nación.

Los papeles estaban ya repartidos; Serlo se encargó del de Polonio; Aurelia, del de Ofelia; Laertes tenía de antemano indicado el suyo por su nombre; un jóven recién llegado, cachigordete y despierto, se encargó de desempeñar el de Horacio; las personas del rey y del espectro causaron algun embarazo. Sólo se disponía del Cabezudo para el desempeño de ambos. Serlo propinó al pedante para hacer el rey; Guillermo protestó solemnemente. No hallaban la solución.

Guillermo había dejado subsistentes en

su obra los dos papeles de Rosenkranz y de Guldenstern.

—¿Por qué no los habeis reunido en uno solo? le preguntó Serlo. Esta abreviatura sería muy sencilla de hacer.

—¡Guárdeme Dios de abreviaturas semejantes, que suprimieran á la vez el sentido y el efecto! exclamó Guillermo. Lo que son y lo que hacen esos dos hombres no puede estar representado en uno solo. En estos pequeños detalles es donde resplandece la grandeza de Shakspeare. Esas presentaciones dulces, esas bajezas y esas reverencias, esa conformidad, esas adulaciones y esas lisonjas, ese apresuramiento, esas zalamerías, esa franca trapacería, esa incapacidad, ¿cómo podría expresarla un solo individuo? Se necesitaria por lo ménos de una docena, á poder disponer de ellos; porque no son algo más que en sociedad, porque son la sociedad, y Shakspeare ha sido muy circunspecto y muy razonable al no haber presentado más que dos representantes. Por lo demas, necesidad de ellos en mi arreglo; es una pareja que contrasta con el bueno, con el excelente Horacio, quien está aislado.

—Os comprendo, dijo Serlo; nos arreglaremos. Daremos uno de estos papeles á Elmira (así se llamaba la hija mayor del Cabezudo); no puede ser perjudicial el que tenga buena cara, y quiero adornar mis muñecas de modo que su vista cause placer.

Filina estaba gozosa de hacer la duquesa en la pieza.

—Representaré esto al natural, exclamó, como quien se vuelve á casar presto despues de haber amado extraordinariamente á su primer esposo. Cuento con un grande éxito, y no habrá hombre que no desee hacer el número tres.

Aurelia puso mala cara á esta broma; su aversion á Filina aumentaba de dia en dia.

—Lástima es, dijo Serlo, que no tengamos baile; vos me hubiérais bailado un *paso á dos* con vuestro primero y segundo marido, durmiéndose el viejo de conformidad; vuestros piececitos y vuestras lindas pantorrillas fueran encantadores en la parte cómica.

—En cuanto á mis pantorrillas no podeis decir gran cosa, respondió ella en tono entre burlon y desdeñoso; mas por lo que respecta á mis piececitos, dijo inclinándose bajo la mesa para quitarse sus zapatillas, y colocándolas una al lado de la otra ante Serlo, hé aquí sus chanclos, y os desafío á que halles otros más pulidos.

—Por mi fe que es cierto, dijo él examinando las elegantes chinelas. Mucho costaria hallar algo más delicado.

Estas chinelas procedian de Paris; Filina las habia recibido de la condesa, cuyo pié era célebre.

—¡Preciosa prenda! exclamó Serlo. El corazón me late al mirarlas.

—¡Qué emocion! dijo Filina.

—¡No hay nada superior á un par de zapatillas de tan delicado trabajo! exclamó Serlo. Pero es más delicioso de oír que de ver.

Las cogió y las dejó caer alternativamente sobre la mesa.

—¿Qué quiere decir esto? ¡Ea, devolvédme las! grito Filina.

—¿Por qué no decirlo? replicó él con fingida reserva y seria malicia. Nosotros los solteros, que estamos casi siempre solos por la noche, que tenemos miedo como todo el mundo, que suspiramos en la oscuridad por tener compañía, sobre todo en las posadas y demas sitios extraños donde no siempre se está seguro, sentimos gran consuelo cuando una compasiva niña viene á prestar asistencia y á darnos compañía. Es de noche, está uno en su lecho; óyese un ligero ruido, la puerta se entreabre, reconócese una querida vocecita que balbucea; algo se desliza hacia vos, las colgaduras tiemblan, ¡clic, clac! Las zapatillas caen y ¡paf! ya no se está solo. ¡Ah, ruido único, adorable, el de los tacones que hieren el entarimado! Cuanto más pequeños son, más delicadamente suenan. Que me hablen luégo de Filomela, de murmuradores arroyuelos, del suspirar del viento y de todo cuanto se ha gorjeado y rimado; yo me atengo á mi ¡clic! ¡clac! ¡clic! ¡clac! Tal es el más bello motivo para un rondó, cuya repetición siempre desearia oírse.

Filina le quitó las zapatillas de las manos y le dijo:

—¡Cómo las he deformado! Me son demasiado anchas.

Despues se puso á jugar con ellas, restregando una con otra las suelas.

—¡Cómo se calientan! exclamó acercándose una suela á su mejilla.

Luégo las restregó de nuevo y las alargó á Serlo. Éste fué tan tonto que quiso sentir tambien el calor; y

—¡Clic, clac! exclamó ella dándole un fuerte golpe con el tacon, tan fuerte, que él retiró la mano gritando. ¡Ya os enseñaré yo á tener otras ideas al ver mis zapatillas! dijo Filina riendo.

—Y yo te enseñaré á que trates á los viejos como á los jóvenes, replicó Serlo.

Saltó de su asiento, la estrechó con fuerza y le dió infinidad de besos, que con gran habilidad supo ella recibir al par que hacía formal resistencia. En la pelea sus largos cabellos se deshicieron y se arrollaron en torno á los combatientes; cayó la silla, y Aurelia, muy irritada por estas inconveniencias, salió con aire de despecho.

CAPÍTULO VI.

Por más que el arreglo de *Hamlet* hubiese eliminado varios personajes, su número era aún bastante grande, y apenas la compañía parecía bastante para ello.

—Si esto va así, dijo Serlo, nuestro apuntador se va á ver precisado á salir de su agujero, á juntarse á nosotros y á convertirse en personaje.

—Con frecuencia le he admirado en el ejercicio de sus funciones, respondió Guillermo.

—No creo que haya apuntador más cumplido. Nunca le ha oído un espectador, y nosotros en las tablas no perdemos ni una sílaba. Se ha formado para este uso, por decirlo así, un órgano especial; es un genio que en los apuros nos cuchichea un murmullo inteligible. Conoce qué parte de su papel posee completamente el actor, y adivina de antemano el lugar donde fallará su memoria. En ocasiones en que apenas yo había leído mi papel, y en el que me apuntaba palabra por palabra, he salido adelante con toda felicidad. Pero tiene caprichos que á otro que á él no se consentirían; toma tanto interés á las obras que, sin declamar exactamente los pasajes patéticos, los recita con cierta emoción. Este defecto ha hecho que me equivocara varias veces.

Así como un día, por otra rareza, me dejó colgado en una escena muy importante.

—¿Cómo es eso posible en un hombre tan en todo? preguntó Guillermo.

—Está tan conmovido en algunos pasajes, dijo Aurelia, que se le saltan las lágrimas y pierde completamente su continente por algunos instantes; y no son precisamente las escenas que llaman conmovedoras las que le ponen en ese estado; son, no sé si me expreso con bastante claridad, los hermosos pasajes en los que el puro genio del poeta irradia sus resplandores á través de su abierta mirada, los pasajes en que nosotros solemos

sentirnos vivamente arrebatados y que la multitud deja pasar sin apercibirlos.

—¿Por qué con un alma tan tierna no pisa las tablas?

—La voz tomada y un continente pesado le alejan de la escena, y su naturaleza morosa le excluye de la sociedad, respondió Serlo. ¡Cuánto trabajo me he tomado para hacerle á mis hábitos! Tiempo perdido. Lee perfectamente, tal como jamás he oído leer; nadie como él sabe observar la línea divisoria que existe entre la declamación y el recitado apasionado.

—¡Le encontré! exclamó Guillermo. ¡Le encontré! ¡Qué feliz descubrimiento! El es el actor que nos recitará la escena del rudo Pyrrho.

—Preciso es tener toda vuestra pasión, replicó Serlo, para hacer que todo concorra así á vuestro propósito.

—Confieso que temía mucho, exclamó Guillermo, verme obligado á cortar esa escena, lo que hubiera aminorado el efecto de la obra.

—No me doy bien cuenta de ello, dijo Aurelia.

—Espero que pronto sereis de mi opinión. Shakspeare introduce los comediantes con dobles miras. Primeramente, el hombre que declama con tanta pasión la muerte de Priamo, produce una impresión profunda en el príncipe; excita la aún indecisa conciencia del joven Hamlet: de suerte que esta escena es el preludio de la que en la comedia conmueve tan vivamente al rey. Hamlet se siente humillado por ese comediante, que tanta parte toma en su dolor, extraño é imaginario, y pronto esta relación despierta en él el pensamiento de hacer una tentativa sobre la conciencia de su padrastro. ¡Qué admirable monólogo el que cierra el segundo acto! ¡Cómo gusto de repetirlo!

«¡Oh! ¡Qué miserable! ¡Qué vil esclavo soy! ¿No es monstruoso que ese comediante, por una ficción, por un sueño de pasión, fuerce su alma según su deseo hasta el punto de que su rostro pierda la color? Lágrimas en sus ojos, extravío en sus ademanes, voz entrecortada, su ser todo penetrado de un solo sentimiento, ¡y todo ello por nada!—¡Por Hécuba!—¿Quién es Hécuba para él? ¿Qué es él de Hécuba para que así llore sobre ella?»

—Con tal de que podamos sacar á nuestro hombre á la escena... dijo Aurelia.

—Será preciso decidirle á ello por gradaciones, replicó Serlo. En los ensayos leerá la escena; le diremos que esperamos á un actor

que debe representarla, y entonces veremos cómo nos componemos para ello.

Luégo que se pusieron de acuerdo sobre el particular, tocó la vez de hablar del espectro. Guillermo no podía decidirse á entregar el papel del rey al pedante, á fin de que el Cabezudo pudiera representar el espectro, y pensaba que tal vez valia más esperar algun tiempo hasta la llegada de algunos comediantes que se habian anunciado, y entre los cuales se hallaria el hombre á propósito.

Júzguese, pues, de la sorpresa de Guillermo cuando al dia siguiente halló sobre su mesa, sobrescrito con su nombre de teatro, el siguiente billete, sellado y escrito en caracteres caprichosos:

«Te encuentras ¡oh extravagante jóven! muy perplejo, lo sabemos. Apénas si hallas hombres para tu *Hamlet*; mucho ménos talentos. Tu celo merece un milagro; nosotros no podemos hacer un milagro, pero sucederá algo milagroso. ¡Si tienes confianza, el espectro aparecerá en el momento propio! Valor y ten calma. No necesitamos respuesta: sabremos tu resolucion.»

Provisto de esta extraña carta corrió á casa de Serlo, quien la leyó y releyó, y con aire significativo le aseguró que la cosa era grave, que era preciso reflexionar si se podia y si debia arriesgarse. Discurrieron largo tiempo sobre el particular. Aurelia no decia nada, y sonreia de cuándo en cuándo; y algunos dias despues, al tratarse de nuevo este incidente, dió claramente á entender que lo achacaba á una broma de Serlo. Aconsejó á Guillermo que no tuviera inquietud alguna y que esperase con paciencia al espectro.

Serlo estaba, por lo demas, del mejor humor: los actores que debian irse dábanse todas las mañanas posibles para representar bien, á fin de que se les echara de ménos, y podia esperarse buenas entradas de la curiosidad producida por la nueva compañía.

El comercio de Guillermo habia ejercido sobre él determinada influencia. Hablaba con más frecuencia del arte, pues sobre todo era alemán, y este pueblo gusta darse cuenta de lo que hace. Guillermo trascribia la mayor parte de estas conversaciones; y como no nos es lícito interrumpir á cada instante nuestro relato, en otra ocasion presentaremos, á aquellos de entre nuestros lectores que por ellos sientan algun interes, esos ensayos dramáticos.

Una tarde, en particular, Serlo se mostró muy contento al hablar del papel de Polonio, y de la manera que lo entendia.

—Prométoos, dijo, daros un hombre verdaderamente digno; sabré fingir, donde sea necesario, la calma y el aplomo, la insignificancia y la importancia, la amenidad y la pesadez, la libertad y el espionaje, la descarada picardía y la engañosa sinceridad. Quiero representar y pintar con extremada exactitud á ese medio pícaro, encanecido, sencillo, paciente, esclavo de los hechos, y en esto, algunas pinceladas, rudas y bastas, de nuestro autor, me ayudarán singularmente. Quiero hablar como un libro cuando me haya preparado, y como un loco cuando esté de buen humor. Seré chabacano, á fin de hablar á cada uno en su lenguaje, y siempre lo bastante astuto para no ver nada cuando las gentes se burlen de mí. Jamas me he encargado de un papel con tanto placer y malicia.

—¡Si yo pudiera hacer otro tanto por el mío! dijo Aurelia. Me falta juventud y flexibilidad para estar en carácter. ¡Lo único que sé es que el sentimiento que hace perder la razon á Ofelia no me abandonará!

—No lo tomemos tan al pié de la letra, dijo Guillermo, pues mi deseo de hacer el papel de Hamlet me ha extraviado singularmente en el estudio que he hecho de la obra. Cuanto más estudio mi papel, tanto más me apercibo de que no existe en mi persona un solo rasgo de la fisonomía que Shakspeare da á su Hamlet. Cuando examino á fondo todo lo sostenido de este papel, apénas si me atrevo á esperar desempeñarle de un modo pasadero.

—Entrais en vuestra nueva carrera con grandes escrúpulos, replicó Serlo. El actor desempeña su papel como puede, y el papel se modela como corresponde á su manera. Mas ¿cómo Shakspeare ha dibujado su Hamlet? ¿Tanto diferis de él?

—En primer lugar, Hamlet es rubio, respondió Guillermo.

—¡Pues no habeis ido á buscarlo muy léjos! dijo Aurelia. ¿De dónde deducis eso?

—Como danés, como hombre del Norte, es rubio de raza y sus ojos son azules.

—¿Creeis que Shakspeare haya pensado en eso?

—No lo hallo indicado expresamente; pero esto no me parece discutible, si se comparan diversos pasajes. El duelo le fatiga, baña de sudor su frente, y la reina le dice: «Está grueso, dejadle cobrar aliento». ¿Cómo repre-

sentársele de otra manera que rubio y corpulento? Pues los morenos raras veces son tales en su juventud. La incierta melancolía, su muelle desvarío, su inquieta indecision, ¿no convienen más á una persona de este género que si se le imagina jóven esbelto, de negros cabellos, del cual se esperaba más resolución y actividad?

—Destruis mis ilusiones, exclamó Aurelia. ¡Fuera vuestro grueso Hamlet! ¡No nos pinteis á vuestro príncipe tan bien conservado! Antes bien engañadnos, con tal de que eso nos encante, nos conmueva. Más que de la intencion del autor tenemos cuenta de nuestro placer y pedimos una satisfaccion que sea homogénea con nuestros sentimientos.

CAPÍTULO VII.

Una noche la tertulia discutía este punto: cuál, entre la novela y el drama, merece la preferencia. Serlo pretendía que esta discusión era inútil y falsa; que los dos podían sobresalir en su género, con tal de que ambos se mantuviesen en los límites de su esencia.

—Yo no me encuentro aún bastante fuerte sobre el particular, respondió Guillermo.

—¿Y quién lo es? dijo Serlo. No obstante, la cosa merece la pena de profundizarse.

Hablaron largo rato: hé aquí aproximadamente el resultado de su conversacion:

Vemos en la novela, como en el drama, la naturaleza y la acción humana. Las diferencias entre esos géneros no consisten solamente en esta forma exterior de que en el uno los personajes hablen, y que en el otro se cuente habitualmente lo que hacen. Muchos dramas no son desgraciadamente más que novelas dialogadas, y no sería imposible reducir un drama á una carta.

En la novela deben estar siempre representados los sentimientos y los hechos; en el drama, los caracteres y la acción. La novela debe ir lentamente; los sentimientos del principal personaje deben, por un medio cualquiera, encaminar la preparación del todo hacia la conclusión. El drama debe correr, y el carácter del principal personaje tender hacia el desenlace y encontrar los obstáculos. El héroe de la novela debe ser pasivo, ó al ménos no ser activo en alto grado; al héroe dramático se le pide efecto y acción. Grandison, Clarisa, Pamela, el vicario de Wackefield, aún Tom Jones, son personajes, si no pasivos, al ménos *pasados*, y todos los acontecimientos se modelan, en cierto modo, so-

bre sus sentimientos. En el drama nada se modela sobre el héroe, todo lo resiste, separa y desembaraza los obstáculos que se hallan en su camino ó se somete á ellos.

Convinieron, pues, en que puede otorgarse al acaso su parte en la novela; pero que debe siempre plegarse y dejarse guiar por los sentimientos de los personajes, mientras que la fatalidad, que lleva á los hombres, sin su cooperación, á una catástrofe imprevista por medio de circunstancias exteriores é incoherentes, se coloca solamente en el drama; que el acaso puede producir muchas situaciones patéticas, mas nunca trágicas; la fatalidad, por el contrario, debe ser siempre terrible, y llega al colmo de lo trágico cuando confunde en funesto atropellamiento actos culpables é inocentes, independientes unos de otros.

Estas consideraciones les condujeron al admirable *Hamlet* y á las singularidades de esta obra. El héroe, decían, no tiene propiamente más que sentimientos; los acontecimientos le conducen, y por esto la obra presenta algo del desarrollo de la novela; mas como es la fatalidad la que dibuja el plan, como la obra nace de un acto terrible, y como el héroe es siempre empujado hacia un acto terrible, es iminentemente trágica y no admite otro desenlace que desenlace trágico.

La lectura de los papeles iba á tener lugar, y Guillermo la consideraba como una solemnidad. Había coleccionado de antemano todos los manuscritos, á fin de que por este lado no hubiese duda alguna. Todos los actores estaban familiarizados con la obra, y, ántes de empezar, se limitó á intentar hacerles sentir la importancia de esta lectura. Tal como se exige á un músico que pueda, hasta cierto punto, tocar á primera vista, así todo actor, todo hombre instruido igualmente, debe ejercitarse en leer á primera vista, en apropiarse el carácter de un drama, de un poema, de una historia, para exponerla con familiaridad. Aprender de memoria no sirve para nada; si el actor no ha penetrado de antemano el espíritu y el sentido de un buen escritor, la letra no producirá nada.

Serlo aseguró que dispensaría mucho en los otros ensayos, y aún en el general, si la lectura de papeles era satisfactoria, «pues habitualmente, dijo, nada es tan bufo como oír á comediantes que hablen de estudiar: esto me recuerda á los masones, que hablan siempre de sus trabajos».

La lectura iba á maravilla, y puede decirse que la reputacion y el éxito de la compa-

ña provinieron de estas cortas horas bien empleadas.

—Habeis hecho muy bien, amigo mio, dijo Serlo á Guillermo, en haber hablado con tanta seriedad á nuestros camaradas, aunque yo temia al mismo tiempo que os costara trabajo satisfacer vuestros deseos.

—¿Cómo así? respondió Guillermo.

—He notado, dijo Serlo, que cuanto más fácil es mover la imaginacion de los hombres, contarles historias que escuchan con placer, tanto es más raro hallar en ellos una imaginacion productiva. Esto, en los comediantes, salta á la vista: todos ellos están muy contentos de desempeñar un papel brillante y honroso; pero con dificultad hacen más que ponerse complacientemente en lugar de su héroe, sin preocuparse en lo más mínimo por saber si álguien le tomará por tal. Apodéranse con viveza de aquello en que el autor ha pensado al escribir su obra, en lo que deben hacer abstraccion de su individualidad para desempeñar exactamente un papel; cómo, persuadiéndose á sí mismo de que es otro hombre, se llega á persuadir igualmente al espectador; cómo, por la íntima variedad y la potencia del desempeño, se trasformán estas tablas en templo, estos lienzos en bosque, cosa es á muy pocos dada. De esta fuerza íntima del espíritu, que sola ilusiona al espectador; de esta verdad ficticia, que sola produce el efecto por el cual se llega á la ilusion, ¿quién tiene la menor idea?

No nos preocupemos demasiado del espíritu y del sentimiento. El medio más seguro es aplicar sencillamente á nuestros amigos el sentido de la letra y facilitarles la comprension. El que tiene facultades adelantase por sí mismo á la expresion inteligente, y que producirá el efecto; quien no las tenga, ése, al ménos, no representará ni recitará del todo mal. Pero yo no he hallado en los actores, como en los demas, tan detestable presuncion como la pretension de espiritual, ántes de saber leer de corrido.

CAPÍTULO VIII.

Guillermo llegó temprano al primer ensayo á la escena, y se halló solo en las tablas. El local le sorprendió y le trajo á la memoria los más singulares recuerdos. La decoracion, que representaba un bosque y una aldea, era exactamente parecida á la del teatro de su ciudad natal; una mañana fué tambien, en un ensayo, cuando Mariana le habia

confesado tan apasionadamente su amor y le habia concedido su primera noche feliz. Las cabañas de los aldeanos parecian en el teatro á las que se ven en el campo; el verdadero sol saliente, deslizando sus rayos á traves de una ventana entreabierta, iluminó una parte del banco mal fijado cerca de la puerta; desgraciadamente, no daba como entónces en el seno y en el regazo de Mariana. Guillermo se sentó, pensó en esta singular coincidencia, creyendo presentir que la volveria á ver tal vez pronto en aquel mismo lugar. ¡Ay de mí! Lo más cierto de todo esto era que la decoracion servia para un *baisser de rideau* que se representaba entónces con mucha frecuencia en los teatros alemanes.

La llegada de los comediantes le sacó de estas reflexiones; con ellos entraron dos concurrentes al teatro y al *foyer*, que saludaron á Guillermo con entusiasmo. Uno de ellos estaba á devocion de madama Melina; el otro era un puro aficionado al teatro; ambos á dos de esos á quienes una buena compañía puede desear por amigos. No hubiera podido decirse de ellos si amaban el teatro más de lo que le conocian; conocíanlo bastante para apreciar lo bueno y rechazar lo malo. Pero, á causa de su pasion, soportaban lo mediano, y el exquisito goce con que saboreaban lo bueno era superior á toda expresion. La parte material les divertia; la parte intelectual les encantaba, y su pasion era tan grande, que aún en un ensayo parcial sentian una especie de ilusion. Los defectos parecian no presentárseles sino como desemejanzas; lo que era bueno les conmovia como un objeto parecido. En una palabra, eran aficionados de esos que cada artista desearia encontrar en su género.

Su paseo favorito era ir de los bastidores al patio, y del patio á los bastidores; su sitio habitual era el *foyer*; su ocupacion más asidua retocar alguna cosa en las maneras, en el traje, en la diccion, en el declamado de los actores; su más animada conversacion recaia en el efecto producido, y su constante cuidado era mantener al comediante despierto y lleno de accion y de exactitud, hacer por él algo útil ó agradable sin llevar á ello prodigalidad. Habian tenido el exclusivo derecho de asistir al teatro en los ensayos y en las representaciones. Por lo concerniente á *Hamlet*, no estaban en todos los puntos de acuerdo con Guillermo; éste cedia de cuándo en cuándo, pero con más frecuencia sostenia su opinion, y al fin de cuentas esta conversa-

cion formó singularmente su gusto. Hizo ver á los dos amigos cuánto les apreciaba, y éstos llegaban hasta predecirle que de esos esfuerzos reunidos nacería una nueva época para el teatro alemán.

La presencia de estos dos hombres en los ensayos era muy útil. Demostraron á nuestros actores que en los ensayos debe siempre unirse el continente y la acción al discurso, de la manera que desee hacerse en la representación, y combinar el todo por costumbre y maquinalmente. Las manos principalmente, en los ensayos de una tragedia, no deberían entregarse á movimientos vulgares; un autor trágico que tome rapé durante los ensayos, les causaba siempre zozobra, porque es muy fácil que en la representación, al llegar al mismo pasaje, piense en su polvo. Aun sostenían que no debe ensayarse con botas, cuando los papeles deben hacerse con zapatos. Pero, aseguraban, nada les entristecía tanto como ver á las mujeres, en los ensayos, esconder las manos en los pliegues de sus vestidos.

Fuera de esto, los consejos de estos hombres produjeron además el excelente efecto de que casi todos los actores se pusieran á estudiar el manejo de las armas.

—Hoy, decían, que con tanta frecuencia hay que desempeñar papeles de militares, nada es tan triste como ver pasearse por la escena, con uniforme de capitán ó de mayor, á hombres que no tienen la menor continenencia.

Guillermo y Laertes fueron los primeros en tomar lecciones de un subteniente, entregándose á la esgrima con más aplicación que nunca.

Tales eran los esfuerzos que hacían aquellos dos hombres para perfeccionar aquella compañía, tan felizmente organizada. Preparaban una próxima satisfacción al público, que se ocupaba con frecuencia de su caluroso diletantismo. No se sabía cuántos motivos había de estarles reconocidos, sobre todo por la persistencia que mostraban en recordar frecuentemente á los actores este punto esencial de que su primer deber es hablar alto y con limpieza. Hallaron en este punto más resistencia y mala voluntad de lo que en un principio creyeron. La mayoría quería que se les oyera como hablaban, y muy pocos se tomaban el trabajo de hablar de modo que se les oyera. Algunos echaban la culpa á la construcción de la nave, otros decían que no se podía al menos gritar cuando se tiene que

decir alguna cosa con naturalidad, misterio ó ternura.

Nuestros aficionados, que estaban dotados de increíble paciencia, intentaron los medios todos de destruir esta aberración y vencer esta obstinación. No escatimaron ni las razones ni las lisonjas, y alcanzaron al fin su deseo, ayudados por el buen ejemplo que dió Guillermo. Éste les suplicó que durante los ensayos fuesen á sentarse en los más apartados rincones de la sala, y que cuando no oyesen perfectamente, dieran con una llave en un banco. Articulaba bien, con moderación, alzaba el tono por grados, y no se esforzaba en los pasajes más apasionados. A cada ensayo el ruido de la llave se hacía ménos frecuente; los actores se sometieron poco á poco á esta prueba, y pudo esperarse que al fin la obra se oiría perfectamente en todos los ángulos de la sala.

Véase por este ejemplo cómo los hombres sólo gustan alcanzar el logro de sus deseos según su propio capricho, y cuán mal se obra al hacerles sentir lo que de su peso cae, y cuán difícil es llevar á aquel que quiere realizar alguna cosa á reconocer las primeras condiciones que solas pueden hacer realizables sus proyectos.

CAPÍTULO IX.

Continuábanse haciendo los preparativos necesarios para las decoraciones, los trajes y demás. En algunas escenas y en algunos pasajes Guillermo tenía caprichos particulares, á los cuales se prestaba Serlo, ya por respeto al contrato, ya por conciliación y con la esperanza de ganarse á Guillermo por esta complacencia, y de hacerle servir más fácilmente en sus proyectos ulteriores.

Así, por ejemplo, en la primera audiencia, el rey y la reina debían estar sentados en el trono, los cortesanos á los lados, Hamlet confundido entre ellos.

—Hamlet, decía, debe estar tranquilo; su vestido negro le señala bastante á la vista. Antes bien debe ocultarse que ponerse en evidencia. Cuando la audiencia haya concluido, cuando el rey le hable como á hijo suyo, entónces solamente debe adelantarse y la escena seguir su curso.

Algunas dificultades nacieron también de las dos pinturas á las cuales tan violentamente alude Hamlet en la escena con su madre.

—Necesito las dos de tamaño natural, que

sean bien visibles; en el fondo de la sala, cerca de la puerta principal, el viejo rey, armado de punta en blanco como el espectro, debe estar absolutamente colocado en el sitio por donde debe entrar. Deseo que su mano derecha esté extendida en actitud de mando, que esté ligeramente vuelto y mire casi por encima del hombro, á fin de que se parezca exactamente al espectro en el momento en que este último se retira. Se obtendrá un efecto imprevisto cuando, en este instante, Hamlet mire la aparicion y la reina el cuadro. El padraastro deberá estar retratado en traje de ceremonia, pero ménos acentuado que el primero.

Otros puntos hubo aún, de que tendremos ocasion de hablar.

—¿Sois siempre inexorable, y quereis siempre que Hamlet muera al final? le preguntó Serlo.

—¿Cómo puedo dejarle con vida, puesto que toda la obra tiende á hacerle morir? Ya hemos discutido largamente á propósito de este particular.

—Pero el público desea que viva.

—En otra cosa le contentaré, pero en esta es imposible. Tambien deseamos ver que se prolongue la vida de un gallardo jóven que muere de enfermedad crónica. La familia llora é implora al médico, que no puede salvarle; y tan imposible le es luchar contra esta fatalidad de la naturaleza, como á nosotros mandar á una evidente fatalidad del arte. Es una falsa condescendencia para con la multitud excitar en ella los sentimientos que *quiere* quitar y no los que *debe* quitar.

—El que paga tiene derecho á pedir la mercancía á su gusto.

—Hasta cierto punto; pero un gran público merece que se le respete, que no se le trate como á un niño á quien se le quiere sacar el dinero. Désele poco á poco, por medio de lo bello, el sentimiento y el gusto de lo bueno, y dejará su dinero con doble satisfaccion, porque ni la inteligencia ni la razon tendrán que reprocharle este gasto. Puede adulársele como á un niño preferido para corregirle, para ilustrarle en el porvenir; no como se adula á un poderoso y á un rico para eternizar el error de que se saca provecho.

Trataron ademas infinidad de otros puntos, de los que el principal consistia en saber lo que podria cambiarse aún en la obra, y lo que podria dejarse intacto. No nos dejaremos llevar más léjos; pero tal vez sometamos más tarde este nuevo arreglo de *Hamlet*

á aquellos de nuestros lectores que puedan interesarse en ello.

CAPÍTULO X.

Los ensayos generales, que habian durado demasiado tiempo, terminaron. Serlo y Guillermo tenian aún muchas cosas que organizar, pues apesar del tiempo empleado en los preparativos, se habia dejado para el último momento un gran número de arreglos indispensables.

Por ejemplo, los cuadros de los dos reyes no estaban concluidos, y la escena entre Hamlet y su madre, de la que se esperaba tan grande efecto, sólo lo producía aún muy pequeño, dada la falta del espectro y de su retrato. Serlo bromeaba sobre el particular, y decía:

—En penosa posicion nos veríamos si el espectro llegara á faltarnos, si las guardias dieran literalmente mandobles al aire, y si nuestro apuntador se ve obligado á suplir desde bastidores la falta de la aparicion.

—Librémonos de alejar con nuestra incredulidad á nuestro maravilloso amigo; vendrá ciertamente cuando convenga, y nos sorprenderá tanto como á los espectadores.

—Confieso, exclamó Serlo, que estaré muy contento mañana, cuando la obra se haya representado; nos da más que hacer de lo que hubiera creído.

—Pero nadie en el mundo estará más contenta que yo; tan poco me desazona mi papel; pues oír hablar siempre de una sola y única cosa, de la cual no resultará nada más que una representacion que será olvidada como otras cien, no puede resistirlo mi paciencia. ¡No hagais tantos visajes, en nombre de Dios! Los convidados que se levantan de la mesa tienen siempre que poner faltas á todo plato; si se les oye hablar en su casa, apenas si pueden explicarse cómo han podido resistir hasta lo último parecido suplicio.

—Permitidme volver contra vos vuestra comparacion, hermosa niña, replicó Guillermo. Reflexionad en cuanto han tenido que acumular la naturaleza y el arte, la industria y el comercio para que se pueda llegar á servir un festin. ¿Cuántos años ha pasado el corzo en el bosque, el pescado en la mar ó en el rio, hasta que sean dignos de honrar nuestra mesa, y qué no han tenido que trabajar en la cocina la dueña de la casa y la cocinera? ¡Con qué negligencia se tragan en los postres las penas del viñador lejano, del na-

vegante, del dispensero, como si esto fuera muy natural! ¿Y es preciso que todas estas gentes no trabajen, no produzcan y no preparen; que el dueño de la casa no reuna y no conserve cuidadosamente todo esto, porque, al fin de cuentas, el goce sólo será pasajero? Pero ningún goce es pasajero; la impresión que deja es duradera; y lo que se hace con diligencia y constancia trasmite al espectador una fuerza oculta cuyo alcance de acción no puede ocultarse.

—Todo eso me es indiferente, replicó Filina; pero esto me enseña una vez más que los hombres están siempre en contradicción consigo mismos. Con todos vuestros escrúpulos de no estropear á vuestro gran escritor, habeis cercenado de la obra su más bello pensamiento.

—¿El más bello? gritó Guillermo.

—El más bello, seguramente; aquel de quien el mismo Hamlet está satisfecho.

—¿Y es? dijo Serlo.

—Si llevarais peluca, respondió Filina, os la quitaría graciosamente; pues me pareceis necesitado de que se os abra la inteligencia.

Todos se pusieron á acertar, y la conversación cesó. Levantáronse, era tarde, diéronse indicios de querer separarse. Durante este momento de indecisión, Filina se puso á cantar un pequeño *lied* tierno y gracioso:

No canteis en tono lúgubre
La soledad de la noche;
No, ella ha sido ¡oh favorables beldades!
Hecha para la sociedad.

Así como la mujer ha sido dada al hombre
Como su más bella mitad,
La noche es la mitad de la vida,
Y por cierto la más bella mitad.

¿Podeis amar el día,
Que no hace más que interrumpir los placeres?
Es bueno para distraerse,
No vale para otra cosa.

Pero cuando en las horas nocturnas,
Como la claridad débil de la lámpara,
Cuando de la boca á la boca aproximada
Se derraman el amor y el retozo;

Cuando el niño vivaz y libre
Que ahora corria lleno de ardor,
Con frecuencia por un regalito
Detiene el curso de sus juegos ligeros;

Cuando el amoroso ruiseñor
Canta amorosamente un pequeño *lied*,
Que, para los encarcelados y los afligidos,
Sólo suena como un ¡ay! y un ¡desgraciado!

¡Con qué ligero latido del corazón
No escucha atentamente la campana

Que, con sus doce golpes discretos,
Promete el reposo y la seguridad!

Por esto en el largo día
Piensa en ello, corazón mio:
El día tiene su tormento;
La noche tiene su placer.

Hizo una ligera reverencia cuando concluyó, y Serlo le gritó: ¡bravo! Ella saltó hacia la puerta y escapó riendo. Se la oyó cantar al bajar la escalera, y hacer ruido con los tacones.

Serlo pasó á la pieza vecina; Aurelia, que habia permanecido de pié ante Guillermo, que le daba las buenas noches, le dijo:

—¡Cuánto me desagrada! ¡Cuán profundamente me desagrada hasta en los más insignificantes detalles! Esas pestañas negras con esos cabellos rubios, que mi hermano halla tan encantadores, yo no puedo verlos; esa cicatriz me hace el efecto de una cosa tan innoble y tan baja, que siempre tengo gana de retroceder diez pasos cuando ella está á mi lado. Ultimamente, nos contaba, á manera de chiste, que en su niñez su padre le arrojó un plato á la cabeza, y que aún llevaba la señal del caso. Bien señalada está en los ojos y en la frente; hay que desconfiar de ella.

Guillermo no respondió nada, y Aurelia continuó con amargura creciente:

—Me es casi imposible decirle una palabra amistosa ó galante; de tal modo la aborrezco, y no obstante; ella es muy zalamera. Quisiera que nos desembarazásemos de ella. Vos también, amigo mio, manifestais cierta complacencia para con esa criatura, modos que me llegan al fondo de mi alma, atenciones que confinan con la estimación, la cual ¡por Dios! no se merece ella.

—Sea como quiera, le debo reconocimiento, respondió Guillermo; su conducta es vituperable, pero debo hacer justicia á su carácter.

—¡Su carácter! exclamó Aurelia. ¿Creeis que semejante criatura tenga carácter? ¡Oh, hombres! ¡Os reconozco en ese rasgo! ¡Hé ahí las mujeres que se merecen!

—¿Sospechais de mí? respondió Guillermo. Puedo daros cuenta de cada minuto que he pasado con ella.

—Ea, dijo Aurelia, es tarde, no vayamos á reñir. ¡Todos como uno solo, uno solo como todos! ¡Buenas noches, amigo mio, buenas noches, mi hermoso pájaro del paraíso!

Guillermo preguntó qué es lo que le valia este título honorífico.

—En otra ocasion, respondió Aurelia, en otra ocasion. Dicese que no tienen patas, que viven en el aire y que se alimentan del éter. Pero no, es un cuento, una ficcion poética. Buenas noches; soñad, si podeis.

Entró en su cuarto y le dejó solo. Él corrió á su casa.

Paseábase de arriba abajo medio enfadado. El tono chancero, pero decidido, de Aurelia le habia herido; sentia lo muy injusta que era para él. No podia ser hostil ni desatento para con Filina; ésta no le habia hecho nunca daño, y no obstante, tan lejano á sentirse inclinado por ella estaba, que podia, con toda seguridad y toda arrogancia, darse de ello á sí propio testimonio.

Estaba á punto de desnudarse, dirigirse á su cama y descorrer las cortinas, cuando con gran asombro suyo apercibió un par de zapatillas de mujer; la una estaba derecha, la otra caída; eran las zapatillas de Filina, lo que conocia sobrado bien; creyó tambien notar que las cortinas estaban desordenadas y áun le pareció que se agitaban. Se detuvo y miró fijamente.

Una nueva emocion que tomó por despecho le cortaba la respiracion; y al cabo de algunos instantes, cuando se serenó, gritó resueltamente:

—¡Levantaos, Filina! ¿Cómo se entiende? ¿Qué ha sido de vuestra prudencia, de vuestra buena conducta? ¿Quereis ser mañana la fábula de la casa?

Nadie se meneó.

—No me chanco, prosiguió él; esas mañas son fuera de propósito.

Ni un soplo, ni un movimiento.

Resuelto é irritado, se dirigió, en fin, hacia el lecho y separó las cortinas.

—Levantaos, dijo, á no ser que querais que os abandone mi cuarto por esta noche.

Con grande estupefaccion suya halló el lecho vacío, las almohadas y las mantas en perfecto orden. Miró en torno suyo, buscó por todas partes, sin hallar rastro del diablillo. Detras del lecho, de la estufa, de los armarios, no habia nada; él buscaba siempre: un espectador malicioso casi hubiera podido creer que buscaba para hallar.

El sueño no llegó. Puso las zapatillas en su mesa, se paseó en todos sentidos; se paró varias veces ante la mesa, y un maligno genio que le espiaba ha pretendido que habia pasado una gran parte de la noche en ocuparse de aquellas adorables zapatillas, que las habia examinado y manoseado, que habia

jugado con ellas, y sólo hacia el amanecer se arrojó enteramente vestido en su cama, donde se adormeció en medio de las más extrañas visiones.

En efecto, aún dormia, cuando Serlo entró y gritó:

—¿Dónde estais? ¡Aún en la cama! ¡Es posible! Os buscaba en el teatro, donde aún nos queda mucho que hacer.

CAPÍTULO XI.

La mañana y la tarde pasaron rápidamente. La sala estaba ya llena y Guillermo corrió á vestirse. Su vestido no le sentaba tan bien como el dia que se lo habia probado; se lo endosó, sin embargo, para no hacerse esperar. Cuando entró en el *foyer*, las señoras gritaron unánimemente que nada estaba en su lugar: el plumero estaba desarreglado, la hebilla juntaba mal; pusiéronse á descoser, á coser, á adornar. La orquesta tocaba la sinfonía; Filina corregia alguna cosa de la gorguera, y Aurelia acababa de arreglar los pliegues de la capa.

—Dejadme, criaturas, exclamó él; este aspecto descuidado hará de mí un verdadero Hamlet.

No por esto le soltaron las mujeres y continuaron adornándole. La sinfonía habia terminado y empezaba la obra. Se miró al espejo, se metió el sombrero hasta los ojos y recargó su afeitte.

En este instante álguien entró precipitadamente en el *foyer* gritando:

—¡El espectro! ¡el espectro!

Guillermo no habia tenido en todo el dia tiempo de pensar en su gran preocupacion, en saber si el espectro vendria. Ya ahora no tenía por qué inquietarse y se podria contar con el más extraño auxiliar. El administrador vino y pidió diferentes cosas; Guillermo no tuvo tiempo bastante para ocuparse en ver al espectro, y corrió cerca del trono del rey y la reina, rodeados de toda su corte; brillaban en todo su esplendor; sólo oyó las últimas palabras de Horacio, quien, muy turbado, hablaba de la llegada del espectro, y parecia haber olvidado casi su papel.

El telon se levantó, y vió ante sí la sala llena. Luégo que Horacio hubo recitado su discurso y sido despedido por el rey, se acercó á Hamlet, como para nacerse presente al príncipe, y le dijo:

—¡El diablo se oculta bajo esa armadura! Nos ha hecho huir de miedo á todos.

En el interin, sólo se veían en los bastidores dos hombres de gran estatura, envueltos en capas y capuchones blancos; y Guillermo que, con su turbacion, su desasosiego y su perplejidad, habíase equivocado de idea en su primer monólogo, aunque se recibió su salida con vivos aplausos, reapareció verdaderamente no muy á sus anchas en la escena terrible y dramática de la noche de invierno. Se repuso, no obstante, y recitó el pasaje acerca de la pasion de las gentes del Norte por los festines y la bebida de una manera acertada; habia, como todos los espectadores, olvidado al espectro, y espantóse realmente cuando Horacio exclamó: «¡Vedle! ¡Ahí viene!» Se volvió vivamente, y la gran elevada estatura del espectro, su paso ligero que apenas se oía, sus desembarazados movimientos bajo la armadura que parecia pasada, produjeron en Guillermo tal impresion, que se quedó como petrificado y no pudo exclamar más que á media voz: «¡Ángeles, espíritus celestes, protegednos!» Miróle fijamente, cobró varias veces aliento y pronunció su alocucion al espectro de una manera tan turbada, tan entrecortada, tan dolorosa, que el mayor arte no hubiera podido expresarla con tal perfeccion.

La manera como habia traducido este pasaje le secundó mucho. Se habia atendido todo lo posible al original, cuya composicion le parecia expresar admirablemente el estado de un alma sorprendida, espantada, sobrecogida de horror.

«Ya seas un buen genio, un kobold maldito, así traigas los perfumes del cielo ó las emanaciones del infierno, sean el bien ó el mal tu objeto, vienes bajo tan venerable figura, que yo te hablo, yo te llamo Hamlet, rey, padre. ¡Oh! ¡Respóndeme!»

El efecto producido en el público fué inmenso. El espectro hizo una señal y el príncipe le siguió en medio de los más calurosos aplausos.

Cambió la escena, y, cuando llegaron á la plaza solitaria, el espectro se detuvo de súbito y se volvió, de suerte que Guillermo se creyó hallarse algo muy junto á él. Empujado por la curiosidad, miró á través de la bajada visera, mas sólo pudo distinguir dos ojos hundidos y una nariz perfilada. Se mantuvo ante él, espiándole con temor; pero cuando se oyó salir del casco los primeros sonidos y una voz sonora, aunque un poco ronca, pronunció estas palabras: «¡Yo soy el espectro de tu padre!» Guillermo, espantado,

retrocedió algunos pasos y el público se estremeció. Todos creían reconocer aquella voz, y Guillermo se imaginó encontrar en ella analogia con la de su padre. Estas impresiones y estas reminiscencias extrañas; el deseo de descubrir quién era aquel singular extraño y el temor de ofenderle; lo inconveniente que hubiera sido acercarse demasiado á él en esta situacion dramática, hacían que Guillermo retrocediese siempre. Con tal frecuencia cambió de postura durante el largo relato del espectro, pareció tan irresoluto y tan perplejo, tan atento y tan distraído, que su juego escénico excitó tan general admiracion como el del espectro causó espanto. Éste hablaba como animado más por un sentimiento de amargura que de dolor, pero una amargura ideal, lenta, inmensa; era el desfallecimiento de una alma grande, desligada de todas las cosas terrenas y rindiéndose, no obstante, á sufrimientos infinitos. Por fin desapareció el espectro, mas de extraño modo: un velo ligero, gris, trasparente, que pareció salir del abismo, como un vapor, le envolvió y le arrastró tras sí.

Entónces llegaron los amigos de Hamlet, que hicieron el juramento sobre la espada. El viejo talpiano trabajaba tan bien bajo tierra, que en cualquier sitio que estuvieran gritaba siempre bajo sus piés: «¡jurad», y ellos, como si el suelo les abrasara, mudaban á cada instante de puesto. En donde se hallaban, una llamita salía luégo de la tierra, lo que aún aumentó el efecto y dejó profunda impresion en todos los espectadores.

La obra continuó su curso sin otro incidente; nada salió mal, todo tuvo éxito; el público manifestó su satisfaccion; la bravura y el ardor de los comediantes parecia acrecerse á cada escena.

CAPÍTULO XII.

Cayó el telon, y los más vivos aplausos partieron de todos los ángulos de la sala. Los cuatro cadáveres se levantaron y se abrazaron de alegría. Polonio y Ofelia salieron de su tumba y todavía gozaron del placer de oír los aplausos que acogieron á Horacio cuando se adelantó á hacer el anuncio. No quisieron dejarle anunciar otra obra, pero se exigió tumultuosamente una segunda representacion de ésta.

—Hemos ganado la batalla, exclamó Serlo. ¡Ya no quiero oír en toda la noche ni una sola palabra formal! Todo depende de la prime-

ra impresion. No puede llevarse á mal que un comediante sea circunspecto y obstinado en sus estrenos.

Llegó el cajero trayéndole una buena entrada.

—Bien nos hemos estrenado, exclamó; la preocupacion nos ayudará. ¿Dónde, pues, está la comida que nos han prometido? Hoy podemos festejarnos.

Habian convenido en reunirse conservando sus trajes y tener una fiesta de familia. Guillermo habia preparado el local y madama Melina se habia encargado de la comida.

Adornaron de la mejor manera posible un salon que servia de taller para los pintores, disponiendo en él diversas decoraciones, representando las unas un jardin, las otras unas columnatas. Al entrar deslumbró á los concurrentes el brillo de numerosas luces que esparcian, á traves del humo de los más dulces perfumes que no se habian escatimado, un aire de fiesta sobre una mesa bien adornada y bien servida. Alabóse la belleza de estos preparativos y sentáronse ceremoniosamente; hubiérase dicho que era una familia real del reino de los genios. Guillermo se sentó entre Aurelia y madama Melina, Serlo entre Filina y Elmira; todos mostrábanse contentos de sí y de sus vecinos.

Los dos aficionados, que se hallaban precisamente allí, contemplaban la fiesta. Habian subido varias veces á escena durante la representacion, y no se cansaban de hablar de su propia satisfaccion y de la del público; despues pasaron á los detalles, y todos recibieron su parte de elogios.

Poníase de relieve con increíble viveza cada mérito, cada pasaje. El apuntador, que se ocultaba modestamente al final de la mesa, fué muy felicitado por la manera como habia hecho el feroz Pyrrho; no sabian alabar bastante el asalto de Hamlet y Laertes; la tristeza de Ofelia habia sido sublime sobre toda expresion. En cuanto á la interpretacion de Polonio, faltaban términos para admirarlo; cada uno de los comensales parecia alabar por y para los suyos.

El espectro, ausente, no dejó de tener su parte en los elogios y en la admiracion. Habia desplegado en su papel una excelente voz y hablado con profundo sentido; preguntábanse cómo se hallaba tan enterado de todo cuanto pasaba en la compañía. Asemejábase exactamente al retrato, como si hubiera servido de modelo al pintor, y los dos aficionados no sabian elogiar bastante el terror que

habia producido cuando apareció junto al cuadro y habia pasado cerca de su imágen. La realidad y la ilusion se habian confundido maravillosamente y habíase creído que la reina no veia, en efecto, más que una sola figura. A este propósito felicitaron mucho á madama Melina por haber levantado la vista fijándola en el retrato, mientras que Hamlet le señalaba con la mano el espectro.

Procuraron averiguar cómo habia desaparecido el espectro, y súpuse por el administrador que se habia visto entrar dos figuras con capas y capuchas blancas por una puerta excusada, habitualmente oculta por las decoraciones, pero que aquella noche se hallaba libre, porque habian utilizado la sala gótica, y que, concluido el tercer acto, verosímilmente habian partido por el mismo camino.

Serlo alabó sobre todo al espectro por no haber gimoteado como un alcaravan y por haber añadido al final, para excitar á su hijo, un pasaje más en armonía con la grandeza del héroe. Guillermo lo habia retenido y prometió añadirlo á su original.

Con la alegría del festin no habia reparado que los niños y el arpista faltaban, pero éstos hicieron luégo muy graciosa entrada. Llegaron todos juntos, caprichosamente ataviados; Félix tocaba el triángulo, Mignon la pandereta, y el anciano habíase suspendido al cuello su pesada arpa y tocaba llevándola ante sí. Dieron vuelta á la mesa y cantaron varias *lieder*.

Diéronles de comer, y los convidados hallaron bien hecho escanciar á los niños tanto vino azucarado como quisieron beber, pues no se habian economizado las preciosas botellas que en canastillos llevaran aquella noche los dos aficionados. Los niños saltaban y cantaban; Mignon sobre todo estaba juguetona cual nunca se la habia visto. Tocaba su pandereta con gracia y ligereza extremadas, ya pasando un dedo sobre el parche, ya dándola con el revés de la mano ó con las falanges, golpeando, segun ritmos variados, el pergamino en su rodilla ó en su cabeza; luégo hacia sonar solamente los cascabeles, sacando de esta manera los efectos más varios de un instrumento tan sencillito. Luégo de haber hecho bastante tiempo su algarbía, sentáronse en un sillón que habia quedado vacío en la mesa, frente á Guillermo.

—¡Quitaos de ese sillón! gritó Serlo. Estaba destinado al espectro; si éste viniese podría reportaros desgracia.

—No le temo, dijo Mignon; si viene nos levantaremos; es mi tío, no me hará daño.

Nadie comprendió lo que esto significaba, excepto los que sabían que ella había designado bajo el nombre del gran diablo á su padre supuesto.

Los convidados se miraron, confirmando-se en la sospecha de que Serlo poseía el secreto de la aparición. Charlábase y bebíase, y las mujeres miraban de cuándo en cuándo con terror del lado de la puerta.

Los niños, que, sentados en el gran sillón, parecían sobre el nivel de la mesa á Polichinela en su barraca, se pusieron á representar una escena de este género. Mignon imitaba muy bien su voz gangosa, y golpeábanse la cabeza uno á otro ó contra la mesa tan fuertemente como si hubieran sido verdaderos títeres. Mignon estaba alegre hasta la locura, y los circunstantes, que en su comienzo habían reído á esta broma, vieron-se forzados á ponerla término. Pero la reprensión no hizo efecto, pues ella saltó de su asiento y comenzó á saltar alrededor de la mesa con la pandereta en la mano. Flotaban sus cabellos, y como echara atrás la cabeza y ponía, por así decirlo, en evidencia sus miembros, parecía á una de esas Menades cuyas posturas salvajes y casi imposibles aún nos sorprenden con tanta frecuencia en los monumentos antiguos.

Animado por la imaginación y por el ruido de los niños, cada uno intentó procurar algún solaz á la reunión. Laertes hizo el ruiseñor, y el pedante dió un concierto *pianissimo* con la trompa. En el ínterin vecinos y vecinas se entregaban á toda clase de juegos en que las manos se encuentran y se enlazan, y más de una pareja halló ocasión de expresarse una ternura llena de promesas. Madame Melina, sobre todo, no disimulaba un vivo capricho por Guillermo. La noche estaba muy adelantada, y Aurelia, la única que conservó algún dominio sobre sí misma, se levantó y advirtió á la asamblea que era preciso separarse.

Para despedida, Serlo les ofreció unos fuegos artificiales, pues sabía imitar con la boca, con habilidad maravillosa, el ruido de los cohetes, de las culebrillas y de los soles. No había más que cerrar los ojos para que la ilusión fuera completa. En tanto todo el mundo se había levantado, y ofrecióse el brazo á las señoras para acompañarlas á sus casas. Guillermo salió el último con Aurelia. En la escalera les paró el administrador y les dijo:

—Hé aquí el velo en el que ha desaparecido el espectro. Está colgado de la trampa; allí le hemos hallado.

—Singular respuesta, exclamó Guillermo cogiéndole.

En este instante se sintió coger el brazo izquierdo, experimentando al propio tiempo un dolor bastante vivo. Era Mignon que se había ocultado tras él, cogido y mordido el brazo. Pasó junto á él al bajar la escalera y desapareció.

Cuando los convidados llegaron al aire libre, apercibiéronse todos de que aquella noche se habían excedido demasiado.

Apénas llegó Guillermo á su cuarto, despojóse de sus vestidos, y habiendo apagado su lámpara, se apresuró á acostarse. Iba á ganarle el sueño, mas un ruido que le pareció salir de detrás de la estufa llamó su atención. La imagen del rey acorazado flotaba ante su imaginación calenturienta; incorporóse en la cama para interpelar al espectro, cuando sintió dos tiernos brazos enlazarle, ardientes besos cerrarle la boca, un pecho estrecharse contra el suyo; no tuvo valor para rechazarle.

CAPÍTULO XIII.

Al siguiente día por la mañana, Guillermo despertó en un estado de malestar y halló el lecho vacío. Los vapores de la víspera, aún no disipados, le tenían pesada la cabeza, y el recuerdo de esta misteriosa visita nocturna le inquietaba mucho. Su primera sospecha recayó en Filina, y no obstante, aquel cuerpo encantador que había estrechado entre sus brazos no le parecía el suyo. En medio de ardientes caricias, nuestro amigo se había dormido junto á la extraña y muda visitante, y ya no había medio de descubrir su rastro. Saltó del lecho, y mientras se vestía, notó que su puerta, cuyo cerrojo tenía por costumbre correr, sólo estaba entornada, y no pudo recordar si la había cerrado la víspera.

Pero lo que más sorprendente le pareció fué el velo del espectro que halló sobre su cama. Él lo había traído y verosímelmente arrojado allí. Era un crespon pardusco, en cuya orla estaba bordada esta inscripción en letras negras: *Por la primera y última vez. ¡Huye, huye, joven! Quedóse suspenso, no sabiendo lo que esto quería decir.*

En este momento entró Mignon y le trajo su desayuno. Sorprendióse Guillermo, aún

pudiera decirse que se espantó, al aspecto de esta niña. Parecía haber crecido en aquella noche; se adelantó erguida y arrogante hacia él, poniéndole tan severos ojos, que él no pudo soportar aquella mirada. Ella no le acarició como los otros días; ella, que tenía la costumbre de estrecharle la mano, de besarle la mejilla, la boca, el brazo ó el hombro, despues de haberle puesto en orden lo que habia traído, ella se retiró en silencio.

Para este día estaba señalada una lectura. Llegada la hora se reunieron, y todos se hallaban mal dispuestos á causa de la fiesta de la víspera. Guillermo hizo lo posible por contenerse y no faltar desde el principio á lo que tan enérgicamente habia predicado. Su gran práctica le ayudó mucho á ello, pues la práctica y la costumbre deben llenar, en el arte, los huecos que en él dejan con tanta frecuencia el genio y el capricho.

Motivo es éste para reconocer lo verdadero de la observacion de que no debe inaugurarse con solemnidad una situacion que tiene que prolongarse largo tiempo, que tiene que convertirse, por así decirlo, en estado, en manera de vivir. No celebremos más que aquello que ha terminado felizmente; toda ceremonia en los principios agota el deseo y las fuerzas que producen el alce y nos sostiene en nuestra asidua labor. De todas las ceremonias, las del matrimonio son las más fuera de lugar; nada debiera ser tan rodeado de silencio, de humildad y de esperanza.

De esta suerte trascurrió el día, y Guillermo no habia aún pasado ninguno tan monotonó. En lugar de las habituales conversaciones de la noche, bostezóse; el interes que se habia tomado por *Hamlet* estaba agotado, y halló fastidioso tenerlo que representar por segunda vez. Al día siguiente Guillermo enseñó el velo del espectro; dedujeron que no volveria; tal era, sobre todo, la opinion de Serlo; parecia hallarse en la intimidad de las intenciones del extraño personaje. Por otra parte, no sabian cómo explicar estas palabras: *¡Huye, huye, joven!* ¿Podia estar Serlo de acuerdo con un individuo cuyo proyecto parecia ser el de alejar el mejor actor de su compañía?

Hubo necesariamente que confiar el papel de espectro al Cabezudo, y el de rey al pedante. Ambos á dos declararon haberlo ya estudiado, y esto no era extraordinario, pues con tantos ensayos y tan extensas disertaciones, todos los actores conocian tan bien la

obra, que hubieran podido fácilmente cambiar sus papeles entre sí. Ensayóse, no obstante, á la ligera, y como se separaran bastante tarde, Filina, al despedirse de Guillermo, le dijo muy quedo:

—Es preciso que vaya por mis zapatillas. ¡No corras el cerrojo por esta vez!

Estas palabras causaron á Guillermo asaz grande perplejidad cuando entró en su casa, confirmándole en la creencia de que Filina era la visitante de la noche anterior; y obligados estamos á seguir esta opinion, con tanto más motivo cuanto que no podemos descubrir las razones que le hacian dudar y le inspiraban otra sospecha aún más extraña. Se paseó algun tiempo con agitacion, y, ciertamente, no se decidió á echar el cerrojo.

De repente, Mignon se precipitó en su cuarto, le agarró con fuerza y exclamó:

—¡Meister, salva la casa, está ardiendo!

Guillermo se precipitó á la puerta y se sintió envuelto por un áspero humo que procedia del piso superior. Oíase ya gritar fuego en la calle, y el arpista, sofocado por el humo, bajaba por la escalera con su instrumento en la mano. Aurelia se precipitó fuera de su cuarto y puso á Félix en brazos de Guillermo.

—¡Salvad al niño! exclamó. Nosotros vamos á ocuparnos de lo demás.

Guillermo, que no creia el peligro tan grande, pensó al principio penetrar hasta el foco del incendio, con la esperanza de sofocarle en su comienzo.

Entregó el niño al anciano y le mandó que bajase rápidamente la escalera de piedra que conducia al jardín por una pequeña bóveda, y que permaneciese fuera con los muchachos. Mignon cogió la luz para alumbrarle. Guillermo suplicó á Aurelia que hiciera seguir el mismo camino á sus efectos. Él se lanzó á traves del humo, pero esto era exponerse inútilmente. La llama parecia venir de la casa vecina y ya habia invadido la viguería del caballete y una escalera pequeña; las otras personas que acudieron á prestar socorro, sufrían como él por el humo y por el fuego. Les animaba y pedia agua á grandes gritos; suplicábales que sólo cediesen á la llama paso á paso, prometiéndoles permanecer con ellos. En este momento llegó Mignon gritando:

—¡Meister, salva á tu hijo! ¡El anciano está furioso! ¡El anciano le mata!

Guillermo se precipitó sin reflexionar por la escalera, seguido de Mignon.

Llegado á los últimos escalones que guiaban á la bóveda, se detuvo sobrecogido de espanto. Gruesos haces de paja y de fagina, amontonados en este paraje, ardian con clara llama; Félix yacía por tierra y gritaba; el anciano, con la cabeza baja, estaba recostado de lado contra la pared.

—¿Qué haces, desgraciado? gritó Guillermo.

El anciano se calló; Mignon, que habia levantado á Félix, arrastraba con trabajo el niño hacia el jardin, mientras Guillermo se esforzaba en dispersar y sofocar el fuego, operacion que sólo sirvió para avivar su violencia. Luégo se vió obligado á huir igualmente al jardin con las pestañas y los cabellos abrasados, arrastrando por entre las llamas al anciano, quien, con la barba chamuscada, se negaba á seguirle.

Guillermo recorrió enseguida el jardin para buscar á los niños. Hallólos en el dintel de un pabelloncito separado. Mignon hacía lo posible para calmar al niño. Guillermo le sentó sobre sus rodillas, le interrogó, le palpó, y no pudo sacar nada en consecuencia de ambos niños.

En el entretanto, el incendio se habia propagado rápidamente á varias casas é iluminaba toda la comarca. Guillermo examinó al pequeño Félix á la roja luz de la llama; no descubrió ni herida, ni rastro de sangre, ni áun contusion. Le tentó por todas partes, sin que diese señal alguna de dolor. Calmábase por grados y empezaba á admirar la llama, divirtiéndole los cabrios y las vigas que se encendian alternativamente como una iluminación.

Guillermo no pensaba en los vestidos y en lo que pudiera haber perdido; sí sentía cuán caras le eran aquellas dos criaturas, que veía libertadas de tan grande peligro. Estrechaba con una sensacion enteramente nueva al pequeño contra su corazon; quiso abrazar tambien á Mignon, pero ésta le rechazó suavemente, le cogió la mano y se la estrechó.

—Meister, dijo ella (nunca, ántes de esta noche, le habia dado este nombre; primero le habia llamado señor, luégo, más recientemente, padre), Meister, hemos escapado á un gran peligro, pues Félix estaba á la muerte.

A fuerza de preguntas, Guillermo llegó á saber que, llegado bajo la bóveda, el arpista le habia arrancado la luz de las manos, y luégo habia dado fuego á la paja; que enseguida habia echado á Félix en el suelo, haciendo gestos extraños con las manos sobre

la cabeza del niño, y sacado un cuchillo como si quisiera inmolarle. Ella se habia lanzado y arrancádole el cuchillo de entre las manos. Ella habia gritado, y álguien de la casa, ocupado en poner á seguro algunos objetos en el jardin, acudió en su socorro; pero que en la confusion del momento fué preciso retirarse y dejar al anciano solo con el niño.

Dos ó tres casas estaban en combustion. Nadie habia podido ganar el jardin á causa del fuego reinante en la bóveda. Guillermo estaba muy inquieto por lo concerniente á sus amigos, mucho más que por lo tocante á sus efectos. No se atrevia á dejar los niños, y veía crecer más y más el desastre.

Pasó algunas horas en una angustia terrible. Félix se habia dormido sobre sus rodillas, Mignon se habia sentado á su lado y le estrechaba la mano. Al fin se consiguió dominar el fuego. Los edificios abrasados se desplomaron. Llegó el dia; los niños empezaban á sentir frio, y él mismo, ligeramente vestido, se hallaba muy molestado por el rocío. Condújoles á traves de los escombros, cerca de un monton de cenizas y de carbon, donde hallaron un calor benéfico.

El dia saliente reunió poco á poco á los amigos y á los conocidos. Todos se habían salvado; nadie habia experimentado daño importante.

El baul de Guillermo fué hallado. Á eso de las diez, Serlo mandó hacer un ensayo parcial de *Hamlet* para las cuantas escenas en que trabajaban nuevos actores. Tuvo á este propósito que debatir con la policia. Los curas pedian que despues de semejante castigo fuese cerrado el teatro, y Serlo respondía que, ora por indemnizarle de lo que habia perdido en aquella noche, ora por serenar los ánimos, era, más que nunca, oportuno representar un drama interesante. Esta última opinion prevaleció, y la sala estuvo llena. Los comediantes representaron con un calor extremado, con más pasion y más franqueza que la primera vez. Los espectadores, cuya sensibilidad estaba exaltada por la terrible escena de la noche precedente, y se hallaban más deseosos de una recreacion interesante por las tristes emociones del dia, estaban poco dispuestos á dejarse impresionar por lo extraordinario. En su mayoría, los espectadores eran nuevos, atraídos por el éxito de la obra, los cuales no podian hacer comparaciones con la representacion anterior. El Cabezudo desempeñó el espectro enteramente en igual sentido que el desconocido,

y el pedante había estudiado igualmente á su predecesor; su aspecto miserable le ayudó á ello, y Hamlet no mentía al tratarle de rey andrajoso apesar de su manto de púrpura y de su valona de armiño.

Probablemente jamas se habia sentado nada tan caprichoso en un trono; y apesar de las burlas que sus camaradas, y sobre todos Filina, le dirigieron acerca de su nueva dignidad, hizo presente que el conde, gran inteligente, á primera vista le habia predicho esto, y aún mucho más. Pero Filina le exhortó á la humildad y le declaró que en caso necesario le empolvaria sus mangueras, á fin de que se acordara de la desgraciada noche del castillo, y llevara su corona con más modestia.

CAPÍTULO XIV.

Habíanse procurado alojamientos á toda prisa, lo que habia diseminado mucho la compañía. Guillermo se habia prendado del pabellon del jardin, en cuyo dintel habia pasado la noche; no le costó trabajo obtener su llave, y se instaló en él, pero como Aurelia estuviese muy ahogada en su nueva morada, llevóse á Félix con él; Mignon no quiso abandonar al niño.

Dióse á los niños un lindo cuarto en el primer piso. Guillermo se estableció en la sala del bajo. Los niños se durmieron, pero él no pudo hallar ningun descanso.

Junto al encantador jardin, que iluminaba magníficamente la luna llena en su salida, levantábanse las tristes ruinas, de donde se escapaba á intervalos una bocanada de humo; el aire era suave, y la luna excepcionalmente bella. Al salir del teatro, Filina le habia dado ligeramente con el codo, y deslizándole algunas palabras que él no habia cogido. Estaba inquieto y descontento, no sabiendo qué hacer ni qué esperar. Filina le habia huido durante algunos dias, y solamente aquella noche dióle señal de vida. Por desgracia, la puerta que él no debia cerrar estaba quemada, y las zapatillitas se habian convertido en humo. No sabía cómo la bella vendria al jardin, si tal era su proyecto. No tenía deseo alguno de verla y, no obstante, hubiera querido explicarse con ella.

Pero lo que aún más le apesadumbraba era la suerte del arpista, á quien ya no habia vuelto á ver. Guillermo temia que al desembarazar el solar se le hallase muerto bajo los escombros. Habia ocultado á todo el

mundo la sospecha que le hacia atribuir el incendio al anciano, pues á él era á quien primero encontró bajando del granero incendiado, y su desesperacion bajo la bóveda parecia ser consecuencia de tan desgraciado suceso. Esto no obstante, el proceso que levantó en el acto la policía, demostró que el fuego se habia declarado, no en el edificio que ellos habitaban, sino dos casas más lejos, y se habia comunicado por los techos.

Reflexionaba Guillermo en todo esto, sentado bajo un emparrado, cuando sintió que alguien se deslizaba por una cercana calle de árboles. En los acentos melancólicos que resonaron luégo, reconoció al arpista. La letra, cuyas palabras no todas pudo retener, expresaba el consuelo de un desgraciado que se halla próximo á la locura. Desgraciadamente, Guillermo no pudo retener de ella más que la última estrofa:

A lo largo de las puertas me deslizaré,
En ellas me detendré silencioso y modesto,
Una mano piadosa me tenderá mi alimento,
E iré más adelante.
Todos se sentirán dichosos
Cuando mi imágen se les aparezca,
Derramará una lágrima,
Y no sé lo que llorará.

Habiendo el anciano llegado á estas palabras á una puerta del jardin que daba á una calle desierta, y encontrándola cerrada, quiso escalar las espalderas; pero Guillermo le detuvo y le habló con amabilidad. El anciano le suplicó que le abriese la puerta: queria y debia huir. Guillermo le hizo presente que bien podria salir del jardin, mas no de la ciudad, y le demostró cuán sospechoso podria hacerle semejante paso; mas inútilmente; el anciano persistia en su idea. Guillermo no cedió, acabó por llevarle casi por fuerza al pabellon, y allí se encerró con él. Entonces tuvieron una plática extraña que opinamos pasar en silencio, mejor que reproducirla por entero y fatigar á nuestros lectores con ideas incoherentes é impresiones penosas.

CAPÍTULO XV.

Vióse Guillermo en más grave perplejidad, no sabiendo qué hacer del desgraciado anciano, que daba evidentes signos de locura; el mismo dia Laertes vino en su ayuda. Este, que, siguiendo su antigua costumbre, se hallaba siempre en todas partes, habia

visto en un café á un hombre atacado hacia algun tiempo de violentos accesos de melancolía. Habíanlo confiado á un pastor de aldea, que era un especialista en el tratamiento de esta clase de enfermedades. Habia acertado con éste como con los otros; aún estaba en la ciudad, donde la familia de su antiguo enfermo le habia hecho brillante acogida.

Guillermo corrió presto en busca de este hombre, le explicó el caso y platicó con él. Concertaron que, bajo un pretexto cualquiera, se le entregaria al mismo. Esta separacion affigió profundamente á Guillermo, y únicamente la esperanza de verle curado pudo hacérsela soportar; tan acostumbrado estaba á verle en su compañía, á oír sus cantos llenos de ternura y de inspiracion. El arpa se habia quemado; proporcionáronse otra que le dieron para el viaje.

El fuego habia destruido tambien el corto guardaropa de Mignon, y cuando trataron de hacerle nuevos vestidos, Aurelia propuso que se la vistiera de mujer.

—¡No quiero! exclamó Mignon. Y se obstinó con energía en conservar su antiguo traje, lo que se vieron obligados á concederla.

La compañía no tuvo casi tiempo de descansar. Las representaciones seguian su curso.

Guillermo escuchaba amenudo los propósitos del público, y raramente oia una voz que dijese lo que él hubiera querido oír; aún algunas veces llegaban á su oído cosas que le affigian ó le lastimaban. Por ejemplo: despues de la primera representacion de *Hamlet*, referia un jóven con grande animacion su contento por haberse hallado aquella noche en el teatro. Guillermo prestó atencion, y quedóse confuso al oír contar al jóven que, á despecho de las personas colocadas detras de él, habia conservado puesto el sombrero, y así habia permanecido obstinadamente durante toda la obra, hazaña de la que conservaba el recuerdo más glorioso.

Otro hallaba que Guillermo habia desempeñado muy bien el Laertes; pero que se hallaba muy distante de estar tan satisfecho del actor encargado del papel de Hamlet. Nada de extraordinario tenia esta confusion, pues Guillermo y Laertes se parecian bastante, aunque con desemejanzas notables.

Un tercero admiraba muy mucho su desempeño, sobre todo la escena con su madre. Sólo se lamentaba de que en este terrible momento una cinta blanca hubiera asomado por su almilla, lo que perjudicó algo al efecto.

Diversas modificaciones habian sobrevenido entre los miembros de la compañía. Desde la noche siguiente á la del incendio, Filina no habia manifestado á Guillermo deseo alguno de acercarse á él. Intencionalmente, sin duda, ella habia alquilado un cuarto en un barrio extraviado, se habia amestado con Elmira, é iba raras veces á casa de Serlo, con grande satisfaccion de Aurelia. Serlo, que siempre la guardaba aficion, iba con frecuencia á verla, sobre todo porque esperaba hallar á Elmira en su casa; una noche llevóse consigo á Guillermo. Sorprendióles mucho, cuando entraron, el ver en el gabinete á Filina en brazos de un jóven oficial de rojo uniforme y blancas calzas, cuyo rostro no les fué posible ver á causa de su postura. Filina corrió á la antecámara á recibir á los visitantes, y cerró la puerta de la otra pieza.

—¡Me sorprendeis, exclamó, en medio de una aventura singular!

—¡No tan maravillosa! dijo Serlo. Dejados ver ese amigo tan bello, tan jóven, tan envidiable; nos teneis tan bien acostumbrados, que no podremos manifestarnos celosos.

—Voy á dejaros por algun tiempo aún en vuestras sospechas, dijo Filina sonriendo; mas puedo aseguraros que es una mi grande amiga, que está de incógnito en mi casa por algunos dias. Más tarde conoceréis su historia, áun tal vez hagais conocimiento con tan interesante persona, y tal vez entónces tenga yo ocasion de hacer uso de mi modestia y de mi indulgencia; pues temo que estos señores olviden á su antigua amiga luégo de su nueva conocencia.

Quedóse Guillermo como petrificado, pues al primer golpe de vista, el uniforme encarnado le recordaba el traje favorito de Mariana; era su estatura, sus blondos cabellos; el oficial le parecia sólo un poco más alto que ella.

GOETHE.

(Continuará)